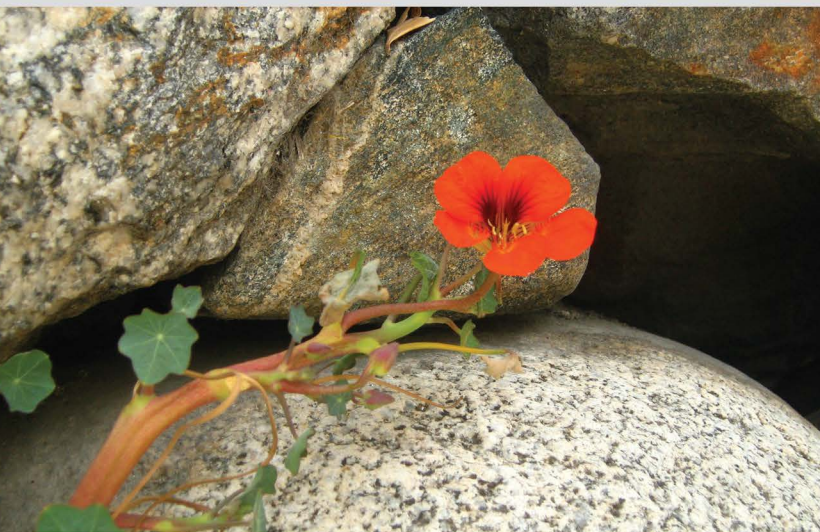


LABERINTO de amor

(Antología poética 1991-2006)

Edmundo Aray



CULTURA
Corazón Adelante
MI SIÓN
SOCIALISTA

CONTEMPORÁNEOS
COLECCIÓN
POESÍA VENEZOLANA

Fundación Editorial
el perroy larana



LABERINTO de amor

(Antología poética 1991-2006)

COLECCIÓN POESÍA VENEZOLANA
CONTEMPORÁNEOS

República Bolivariana de Venezuela, Gobierno Bolivariano



LABERINTO de amor

(Antología poética 1991-2006)



EDMUNDO ARAY

República Bolivariana de Venezuela, Gobierno Bolivariano



© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

© Edmundo Aray

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos:

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web:

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincutura.gob.ve

Redes sociales:

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección:

Mónica Piscitelli

Carlos Zerpa

Edición al cuidado de:

Luis Lacave

Diagramación:

Adriana Astorga M.

Corrección:

Damarys Tovar

Fotografía de portada:

María Victoria Sosa Martínez

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2017002420

ISBN: 978-980-14-3959-2



El poeta en su laberinto

En la deslumbrada adolescencia cada día descubría un autor, una obra, una página para recordar. Fue así que durante tres días de fuerte resfriado me sumergí en *La Trilogía del Vagabundo* del escandinavo Knut Hamsun, un escéptico incurable que afirmó: “Los años no traen madurez alguna, únicamente traen la vejez”; entonces, como no tenía idea de lo que era en carne propia, ni acaso en ajena, la vejez, le creí. Ahora ya no estoy convencido de que sea así, porque si bien he conocido a muchos que en efecto envejecen sin madurar, también sé de otros que saben extraer el zumo de cada hora vivida y son capaces de ofrecer el buen vino de los años a las nuevas generaciones.

Por entonces también me llamó poderosamente la atención la reflexión de José Martí sobre el arte literario, en el sentido de que la poseía surge con frecuencia en la juventud con todas sus galas, mientras la prosa viene con los años, la buena prosa. Hay algo de cierto en esto, no son pocos los románticos que ya tenían una cosecha rica en su favor antes de cumplir los treinta años, entre ellos ese barbado Víctor Hugo que ahora está cumpliendo un par de siglos, y sus célebres novelas, en cambio, aparecieron de los cuarenta en adelante. Muy jóvenes eran Neruda, Julián del Casal, José Asunción Silva, Huidobro y sus versos ya ardían en la gran fogata literaria, dando luz a numerosos lectores. Pero, ¿siempre ha sido? ¿o será un ideal ese Rimbaud que lo dijo todo en versos juveniles y después hizo mutis? Ese Rimbaud que hizo bueno lo de “Di tu palabra y rómpete”.

Hay de todo, cada uno cuenta su experiencia, mas yo prefiero seguir la pauta del regocijante Tito Monterroso quien nos advierte: “En literatura no hay nada escrito”. Y más aún, el

último tercio del siglo XX, confirmó la justeza, el alto vuelo lírico o la hondura de obras poéticas nacidas en la madurez, sin olvidar que el gran Whitman dio lo mejor de sí cuando entraba en los cuarenta y aún después, y Homero, si es que existió, parece haber cantado mejor cuando sus barbas iban del gris al blanco desvaído. Ahora mismo en La Habana, una poetisa de ochenta y ocho años, Serafina Núñez, lanza al ruedo un bello poemario escrito en los años que van de 1995 a 1999 y otros cuatro que publicó a partir de 1992. ¿Entonces? Basta de especulaciones, atengámonos a lo que afirmó Horacio Quiroga, atender a lo conseguido, porque: “En arte no hay más que el hecho consumado”.

Pienso en todo esto al volver a los poemas de Edmundo Aray, recogidos en una docena de cuadernos, al descubrir lo novedoso de los más recientes y adentrarme en los que conforman la antología *Laberinto de amor*. Hace quince años escribí un texto nombrado *Edmundo Aray en el techo móvil de la ballena*, en el que trazaba el perfil de un autor (y no sólo de un poeta) de permanente figuración en los empeños literarios de Venezuela desde fines de la década del cincuenta, y de varios países de nuestra América desde los sesenta, sin dejar a un lado su ingente labor a favor de la cinematografía latinoamericana como director, autor de guiones, crítico, animador de proyectos, promotor y más recientemente como cabeza principal de la Escuela Internacional de Cine y Televisión (EICTV), que desde San Antonio de los Baños en La Habana, hace tres lustros lleva a cabo una labor encomiable en la formación y el adiestramiento de los que están decididos a dar el perfil definitivo a un cine auténticamente nuestro, capaz de asimilar los signos de la época sin diluirse, sin convertirse en triste cola de otras cinematografías. Me referí entonces también a sus narraciones, a su principal aporte al llamado género testimonio con los cuentos del *Rey del Joropo*. Pero quizá esta

multiplicación de faenas, esta suma de géneros-espejos que se intercomunican, haya creado una cierta confusión en el lector en lo que se refiere a su oficio de poeta, sobre cuyas características tan acertadamente reflexionó uno de nuestros (suyo y mío) autores preferidos, Cesare Pavese. Acaso esa persistencia, ese compromiso con la poesía, más que con el verso, hayan podido aquilatarlo los afortunados que dispongan de un ejemplar de la antología nombrada *Una y otra edad*, publicada en 1997 por Monte Ávila, en Caracas. Aquí se juntan exponentes de un largo camino recorrido de 1956 a 1990, es decir siete lustros. En cierto poema de esa antología le pregunta a la ardiente sombra de uno de los grandes inconformes de nuestra generación, Víctor Valera Mora, sobre nuestro destino, el de los vivos y el de los muertos:

¿Siempre será la guerra, chino Valera?

Siempre la guerra.

Todo está lejos de haberse hundido.

El arca y los nuevos profetas

*más dignos que el nivel de las aguas
vivimos.*

Seguiremos combatiendo.

La felicidad es difícil de atrapar.

*Quien lleva rama de olivo en el pico
no debe anunciarse ante el incendio.*

Se trata de un *ars poética* y de una ética. De una estrategia también. Pero lo que quiero subrayar es que desde los días juveniles de *La hija de Raghú* (1957) hasta los concebidos treinta años después, se advierte una línea ascendente. No quiere decir que sean más audaces o sorprendentes sino más cernidos, más metidos en las raíces, y en ciertos casos el hecho de que beban en fuentes clásicos lo hacen protagonistas no de la moda sino de la permanente modernidad.

Sin proponérselo, o con toda intención, el cuaderno más reciente de Aray, publicado el pasado año, se titula *Heredades*. Hay páginas que recrean momentos de 1956 o 1958, otros se deslizan por la década del setenta, algunos del noventa. En todo caso su signo es la sobriedad, la estrofa breve, las palabras justas. Pero cuidado: el autor no se arrepiente de nada. No de esas andanadas del *Twist presidencial* de 1963, ni de ese enano ofendido de *Baje la cadena, alegre jocosos, pero no demasiado* (1972) cuyo aflautado final se distancia del drama que narra la pieza:

*La luna encendida y los apasionados claveles
testigos fueron de una inenarrable noche de amor.*

Ni de esa breve biografía irónica de un mandatario yanqui, tan cercana a la más desnuda poesía de Norteamérica, justamente titulada “Noticias de prensa”:

*Cuando Jimmy dijo a su madre
Mistress Lillian
que pensaba presentarse como Presidente,
Mistress Lillian le respondió
¿Presidente de qué?*

Y es por ese hilo que llegamos a *Laberinto de amor*.

El gran cuerpo del libro lo conforman tres secciones de diversa índole y prevalecen las que dan vida a Simón Bolívar y su Manuela, así como la voz femenina que en ocasiones convierte al poeta en protagonista, tal es la que le confiere título al volumen. Aunque la tersura hace pensar en los clásicos, un leve giro que subraya los elementos de la modernidad —no el llamado postmodernismo— inscribe el discurso de Edmundo en la vertiente conversacional. De modo que puede decirse una vez más: el coloquialismo ha muerto, viva el coloquialismo. Así

es. Estamos ante una conversación en el tiempo que se aparta de la estridencia y que busca la profundidad en un momento en que la tendencia es el aullido, la audacia verbal, la exageración, el detallismo erótico, o bien un retorno al hermetismo, a textos sagrados o consagrados, acaso por el temor a desnudarse en público. Porque mientras más se describe el cuerpo, con sus externas perfecciones o imperfecciones, más se oculta el alma y sus conflictos.

En este libro no prevalece la desesperación, tampoco hay un ápice de arrepentimiento. Edmundo le rindió un fervido homenaje a uno de los grandes autores norteamericanos del siglo XX, el médico y poeta William Carlos Williams, cuya llama no apagaron otros notables como Eliot, Pound o Cummings (escribí médico y poeta, porque su ejercicio de la medicina no fue fugaz sino permanente y brillante) y en esas páginas de *Heredades* uno de los textos nombrado “En Kazan”, ratifica que no reniega el venezolano de ese pasado que es su vida de hombre adulto, experimentado, lejos de toda adolescencia lírica, de ese pasado que llevará como un equipaje necesario a sus aventuras del porvenir. Él también pudo poner al frente de *Laberinto de amor* este estremecedor texto del gran norteamericano —en cuya sangre no por casualidad destacan los glóbulos febriles aportados por su madre puertorriqueña— “Este fui yo/ un gorrión,/ hice lo que pude. Adiós”. Y no se piense que se trata de un pajarillo débil desasido, sino de un tenaz y alado ser cuyas virtudes han sido cantadas con simpatía como lo hizo Anatole France: los gorriones, madrugadores y pobres. Y como bien lo sabe nuestro autor que vuelve a Gertrude Stein en la sección aquí llamada justamente “Pájaro”, que comienza:

*Los pinos estremecen el aire,
la ventana entreabierta
los trozos desgarrados de mis lienzos.*

Y que ya en *Heredades* ha dicho con sordina: “Mi corazón piará pájaro/ si luego cantas pájaro/ como en la primavera/ (...) Homenaje: homenaje a tus plumas/ inundadas/ a tu fervor del aire/ a tu acción de vida interminable”. Ahora bien, es hora de aclarar que si al comentar (no más comentar, porque la poesía no requiere de interpretaciones excesivas si lo es, y si no lo es auténticamente, como quería Rilke, menos aún) los aportes de este libro menciono con frecuencia páginas de volúmenes o cuadernos anteriores es porque estamos ante la continuación del canto de un autor y porque sin las raíces no se explica esta obra que ahora está a punto de convertirse en objeto de placer, es decir en un libro.

Edmundo ha tenido siempre una predilección pública por los héroes, bien sea por sus compañeros de juventud, cuya acción el tiempo ha sancionado, o por los que son poco conocidos, bien por los legendarios, los fundadores. Este es el caso de Bolívar. Y en su voz aquí se pone a cantar el Libertador en esa poesía que no por cabalgar en la estructura de la prosa deja de ser sangrantemente lírica (“Si me gustan los aguaceros es porque se ofrecen como son, con inundaciones y sacudidas”) y en estos tiempos en que muchos no quieren oír de hazañas pasadas porque no se atreven a protagonizar las hazañas de hoy, un fragmento del discurso del héroe evocado vale por todo un tratado de la época nuestra, más que de la suya (“Amigo, no soy mantuano (...) este señor que usted ve, con todo y general Libertador, es pueblo y sólo pueblo. Que se lo digan si no mi vida, los llaneros, los guahibos, los pastores, los indios, los que cruzaron cualquier vaina desde Ocumare hasta el Potosí”) así, entre la lluvia interminable, personaje secundario del tema, las meditaciones, las noticias que llegan en cartas puntuales, el graznido de la soledad, transcurre esta primera parte del libro que todo lector puede disfrutar y más aún los que frecuentan los papeles signados de la historia de Venezuela y de nuestra América.

Enseguida llegamos al complemento de “Simón Bolívar, ese soy yo”, claro está que se trata de “Manuela Libertadora”, una presencia permanente en los últimos años en la escritura de Edmundo. Léase como poema, cuento, obra escénica, memoria rescatada, leyenda, pasaje a la historia, reconstrucción de una vida apasionante y siempre nos dará gusto... y melancolía.

A “Jubilate Deo” lo pueblan una multitud de autores que de algún modo están en la lavadura de la obra en proceso, de amigos que vivos o no, avivan la hoguera, de sombras, de paisajes, de mártires, de ensoñaciones:

*Dígase que se cayeron los muros de la prisión
para que Roque Dalton enfrentara a la muerte
en la selva que entonces llamaban libertaria (...)*

*Dígase que La Habana no es muro, es malecón,
batir de olas, piedrerío de la mar, costumbre
de mirar azules, promontorio de mujer, alto declive.*

Dalia Santiago es condenada a la maternidad lírica por Edmundo en *Crónica de nuestro amor*, aquel coloquio amoroso de 1973 que tanto nos ayudó a seguir descifrando crepúsculos y amaneceres en la década lejana en que aún la juventud no era un ardiente recuerdo. Y en este libro dice su ardorosa “Palabra de mujer”:

*Ni tú eres Arthur Dimiesdale, ni yo
Hester Prinne ¡Gracias a Dios!*

Esa inflamada palabra de la protagonista en el ya citado “Pájaro” y llegamos a la última voz femenina invocada por Edmundo: Manuela. Desde Paíta, la heroína del amor, la patriota sin límites, echa al viento sus breves cantos, pelea con

las cenizas, descifra el mensaje de las gaviotas, traza palabras casi en el aire: “El amanecer / me encuentra con tu rostro / La noche / eres tú / dentro de mí / Paita no existe / Sólo tu oleaje”. Desde Jorge Manrique a los modernos líricos, asisten a Edmundo voces que le auxilian en la reconstrucción en verso del fin de una vida, en cuyo episodio último pesa, como piedra ya sin brillo, el esplendor del pasado. Y en los “Versos del Panteón” la historia se mete en la poesía y dice Manuela-Edmundo: “No protesto / Los desamparados / te concedieron la gloria / La patria “viva”/ te la quiso arrebatarse”.

Ningún lector —un buen lector como quería Borges— se perderá en este laberinto que le propone Aray, porque el amor tiene sus códigos si bien cifrados, nunca inalcanzables. Así lo creo.

Por último quiero destacar la unidad de esta obra formada por numerosas experiencias líricas, mas principalmente por las que son el maravilloso resultado de la vida real. Y aquí empleo el adjetivo en el sentido que le da Alejo Carpentier, es decir, no necesariamente como grato, exultante sino como lo insólito de cada instante en nuestras vastas tierras de América, cuyos accidentes geográficos nos deslumbran o asustan y cuya dinámica social nos reclama y nos dice con Edmundo: “No te duermas”.

LUIS SUARDÍAZ

LA HABANA, FEBRERO DE 2002

LIBRO I



Simón Bolívar, ese soy yo

*A Luis Perú De La Croix,
a Camilo Ernesto,
in memoriam*

I

Después del aguacero la naturaleza se renueva. Mañana despertará agradecida. Me gusta el tiempo de agua, su tenacidad, aunque pasajera. Los grandes aguaceros perturban el alma y convidan a la reflexión. El tiempo de aguas siempre me favoreció. También las montañas y los ríos y el amargo soroche y los moscos y mosquitos y las fiebres de toda clase. Siempre anduve al modo de la naturaleza. Pero ese aguacero de Ocaña me empapa y me va a faltar sol para calentar la sangre. Y aunque voy a morir encogido, y de eso no tenga duda pues ya se metió la carga, no voy a hacer como quien espera y teme al poder mientras se regocija en sus pasiones y da paso a ocultamientos que le preservan. ¡Amigo! no puedo impedir mi repugnancia a la mentira, por lisonjera que ella sea conmigo... Pocas veces me arroparon el espíritu las cobijas provinciales, mucho menos los paños de parroquia. Yo soy hombre de hamaca, al aire libre y en movimiento. Si me gustan los aguaceros es porque se ofrecen como son, con inundaciones, desbaratamientos y sacudidas.

En estos días de gente quebrantada y desmedidos me solicito paciencia y esperanza, los mayores antídotos del mal. Yo no ando bien, no estoy bueno. Necesito de mayor espíritu para curar, aunque Toñito sabe que no desespero de la salud porque nada me persuade que podamos perecer con un poco de energía, pues se nos quedó en el barranco o en cualquier puerto de la vida. Me ensombrece la otra salud, que tantos quieren dañar sin remedio.

Somos como tiempo de agua. Claro que uno siempre tiene un resto, y a mí me queda, aún comido por la bilis, o acaso ¡qué sabe uno?! por estos pulmones que se tragaron los ríos, aventaron los llanos y emparamaron las montañas. El viento sopla al revés y perturba la calma, esa que nunca tuve y ahora quisiera para poner mi alma en reposo. ¡Descanse mijito! me pedía Matea; pare ese trote, siempre me ha pedido José, y yo nada de oídos porque en el fragor sólo se oye el corazón palpitante. Hipólita, de muchacho, me buscó descanso, pero sin fortuna. Para sus consejos de buen vivir, tiempo perdido.

II

Hablemos de mis vestiduras, y desventuras... de lo que quiera. Diga de mis botas altas de escudero, como cualquier oficial; de mi corbata negra en estos tiempos, de este chaleco blanco y militar que comienza a parecerse a la voltereta de mi propia imagen que entonces, digo entonces, sólo tuvo un pañuelo en el cuello, cualquier pantalón de llano, y la alpargata que la vida proponía.

Mantuano soy por cunita, por váyase a casar ante el cura con partida de nacimiento, bautizo y confirmación. Indio soy, que en nalgas he quedado y defendiendo conuco; llanero con y sin patrón, contrabandista de ganado y otros, pescador y pata en el suelo. ¿Y quién me niega que he cantao?

Aprendí, diga que después de la noche de Ocumare o de cualquier fracaso —que no fueron pocos— a ser pueblo, y pueblo jodido, y capitán de pueblo. Se me vino la noche, el continente entero, las costas de allí mismo, los caudillos parecidos a mí; se me vinieron, digo, encima. A todo les pude salir adelante, porque así lo pedía la patria.

Amigo, no soy mantuano, y aquí, antes de iniciar el juego, se lo digo; este señor que usted ve, con todo y general Libertador, es pueblo y solo pueblo. Que se lo digan si no mi vida, los llaneros, los guahibos, los pastores, los indios, los que cruzaron cualquier vaina desde Ocumare hasta el Potosí. ¡Qué digan, digo, quién soy! Siempre ocurre la jactancia. No le voy a decir de dónde viene, pero le voy a ocurrir en la mía. Yo soy Simón Bolívar. Usted y mucha gente lo sabe. Ese soy yo.

III

Ahora usted y yo oímos caer la lluvia, como otros oyeron pasar pájaros... Ayer miraban, delirantes, a un continente para revelarlo y esclavizarlo. Hoy es nuestro y libre. Somos teja y vertiente, jardín anegado, voces, humedad, charcos, aquí y allá, que ponen a prueba el fregadero de nuestros huesos y el coraje de vivir. Por mi parte, dígoles que aún tengo tenacidad y voluntad fuerte, acaso no como entonces, cuando nadie me podía detener; siempre adelante, nunca atrás... Tal era mi máxima. Quizás a ella debo mis sucesos y lo que he hecho de extraordinario...

IV

Pero un hombre no cambia la vida... Soy brizna de paja. Siempre lo fui. También candela de verano, hoguera en la montaña, despacho abierto en las casas de gobierno, libro blanco de los congresistas, vertiente que el aguacero desborda. Lo que organizaba lo desbarataban otros; lo que componía, otros volvían a descomponerlo; y, créalo usted, no había medios para impedirlo. Si pensaba en hacer cambio, al momento se me presentaba la incertidumbre de que el remedio sería peor que el mal. Tal ha sido, tal es mi situación.

Vea a los héroes ocupando los primeros destinos de Colombia: han impedido la organización del país; han sembrado la discordia, fomentado los partidos, perdido la moral pública, e insubordinado al ejército; ellos, pues, con ciertos grados de diferencia, son los únicos autores de los males de la patria: la disolución amenaza a la República y la desastrosa anarquía se está preparando. Si hubieran caminado en unión conmigo, estaríamos asentados sobre una roca.

¿Quién detiene la depravación moral que hay en el país? ¿La mala educación, la falta de luces, la pasión del juego? ¿Quién supera, qué gobierno, a merced de tales, la esclavitud en que se halla el bajo pueblo, sometido al yugo no sólo de los alcaldes y curas de las parroquias, sino bajo el de los tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas? En las ciudades es lo mismo, con la diferencia de que los amos son más numerosos, porque se aumenta con muchos clérigos, frailes y doctores; la libertad es sólo para ellos y para los ricos y nunca para los pueblos. Esclavo era el pueblo bajo la Constitución de Cúcuta y esclavo quedará bajo cualquier otra Constitución, así fuese la más democrática. En Colombia hay una aristocracia de rango, de empleo y de riqueza equivalente, por su influjo, pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento aún la más despótica de Europa. Ricos, clérigos, frailes, doctores o abogados, militares hablan de libertad y de garantías, pero sólo las quieren para ellos; quieren la igualdad para elevarse y aparearse con los más caracterizados, pero no para nivelarse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad, a éstos los quieren considerar siempre como sus siervos a pesar de todo su liberalismo...

No quieren creer los demagogos que la práctica de la libertad no se sostiene sino con virtudes y que donde éstas reinan es impotente la tiranía. Así, pues, mientras seamos viciosos

no podemos ser libres, désele al Estado la forma que se quiera; y como nunca se ha convertido un pueblo corrompido por la esclavitud, tampoco las naciones han podido tener sino conquistadores y de ninguna manera Libertadores. La historia ha probado esto y Montesquieu lo ha expresado. Por lo tanto, nuestra lucha será eterna y nuestros males se prolongarán en busca de lo imposible. Sería necesario desnaturalizarnos para poder vivir bajo un gobierno absolutamente libre; sería preciso mudar nuestros hábitos y costumbres y hacernos austeros y desprendidos de nuestras viles pasiones o renunciar a la quimera de nuestros proyectos. Yo era el más iluso de todos. Han sido necesarios cuarenta años de desengaño para llegar a este convencimiento, deplorable y funesto. Hemos perdido todo nuestro tiempo y hemos dañado nuestra obra; hemos acumulado desacierto sobre desacierto y hemos empeorado la condición de pueblo, que deplorará eternamente nuestra experiencia. Estoy cansado de los hombres y del gobierno, y ya es tiempo que me retire a vivir para mí. ¿Podré hacerlo? ¿Desprenderme de la raíz?

¡Salud!, amigo, acompáñeme en un brindis de agua y sopor... Ese estilo suyo de libar, reposado, parsimonioso, me pasea la figura de quien, a diferencia de usted, es buen cuidador jardín que cada jardinero florece a su manera.

¡Salud! Comprenda que estoy en ascuas, y con pocos leños. Me enciendo y me apago sin transición. Ya no me queda techo para protegerme de la tempestad. Ahora mismo estamos llenos de goterones por todas partes, pero me queda alero. Aún conservo, sí, fuerza para sacudirme aguaceros y candelas... ¿La conservo aún?

V

Los enemigos de la patria se han tragado la República, la han vendido y la han perdido. Ahora nos condenan a una guerra civil. Parece que tuvieran todos los resortes del mal para irlos tocando sucesivamente sin dejar uno en inacción. Ellos se ligarían a los españoles con tal de destruirnos. Yo había dicho que Cartagena era el arca de Pandora y Padilla su llave: ya la han abierto; pero yo me he equivocado; porque la verdadera arca es Santander y su codicia la llave.

Se muere Colombia. En su sepulcro crecerán los propietarios, comerciantes, leguleyos liberales de bolsillo, los desesperados de poder, los amargos, los generales de Venezuela y parricidas. Perdí la gran batalla por la República. Pero no me desestime. Soy hombre de armas tomar. Llegará el día en que se escribirá que ninguna batalla se ha perdido...

VI

La vida se escurre y se me escurre. ¿De qué sirve que uno se alce como un sol si la noche y las aguas turbulentas insisten, pertinaces? ¡Ay!, si fuera piedra del Cuzco, si fuera metal del Potosí, otro gallo cantaría... Pero soy sólo Simón, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, natural de Caracas, departamento de Venezuela de la República de Colombia, con cuarenta y tanto encima, nacido a la una de la mañana en noche abierta de julio, bautizado en la Santa Iglesia Catedral de Caracas el treinta del mismo mes, confirmado en Palacio Arzobispal el once de abril de un mil setecientos noventa. Simón, el viudo. Pena muy grande en todo tiempo. Depresivo entre cuatro paredes y veinte mil fantasmas. Solo en las mismas cuatro, y muchas veces a campo abierto y en salas de consejos y festejos y congresarios. Celebrador consecuente del día de San Simón, que para algo me pusieron ese

nombre que con el Bolívar suena a Continente (escríbalo así, con mayúscula). Por supuesto que esa noche corre el buen bourgogne, que si no como un río, alienta humores de fuego, tal como hemos derrochado coraje en los alzados brazos de la vindicta.

Abril y julio son meses con historia. Todo, cualquier día, el más silencioso minuto tiene historia, que la hacen quienes como usted y yo respiran la existencia. De agosto conservo el día glorioso que nos proporcionara la brava lanza de San Rendón, brazo y vestidura de pueblo, plantado como ceiba, boca de río que el mar no arredra...! De diciembre, el diecisiete pues hicimos República... ¡Ay, diecisiete!... ¿en qué encrucijada me esperas?... Hicimos una República que se destruye ahora, mañana mismo, un día que ya le tienen, me tienen señalado. Entonces no tendré garganta para la tos ni pecho para soportar agravios. Sólo seré débil gotera después del aguacero, desvenado árbol de tamarindo, pieza de reloj sin brazos.

Le salté septiembre porque muchas veces me amargó el corazón, y fue hueso entumecido. ¡Qué bárbara es la tempestad, qué desmedida! No la merecemos, aunque sea parte de las leyes de la naturaleza. Madame Staël me oye y me entiende. ¿Derramará lágrimas por mí, contrito el seno? No, amigo, ella desconoce mi atribulado corazón.

Manuela, que tanto y poco se parece a la Staël, acaso alivie mi alma y cuerpo agarrotados y se empine contra el parricidio que desde hace meses me desgarran... ¿No comenzaría a gestarse en los primeros días de Angostura? ¿Irán al infierno horrorizados de su propia estampa? Déjeme arrancar de la bruma el recuerdo de una barcaza, el tibio aire de despedida, los ojos de Delta que asomaba Francisco de Paula, mi emoción de jefe y padre, y su temblor subalterno porque presintió su vuelta de casaca.

El amor es así. Se ama y se lamenta su perfidia. Cuando ésta asoma nos sentimos desguarnecidos. En mi caso, tengo armas; pero disparan al aire. Se jodió la mira; en el amor se perdió. Francisco de Paula lo sabe, y ésa es su fortaleza. De ese aguacero no me salva ni Cristo... ¡Sea lo que ya es!... Necesita hacerlo para dar reposo a sus demonios.

VII

¿Ha leído al poeta?... “Sí: necesito meditar con menos violencia; he pensado demasiado tiempo y demasiado lúgubremente, hasta que mi cerebro, hirviendo y agotado por su propio torbellino, se ha convertido en honda vorágine de fantasmas y de llamas”. No se apene porque no haya leído a Byron. Usted es militar, y francés. Byron no leyó a Goethe, y era poeta...

¿No cree usted que los acontecimientos ponen a prueba la fuerza y el temple del alma? Pues bien, las acciones son las que manifiestan y miden esa fuerza y ese temple. Está escrito y se escribirá después, pero nos interesa ahora porque es mi visión de la vida puesta a prueba. ¿O no?. La gloria y la desesperación no son personajes abstractos, son pasiones vivas, y yo soy un botón de esa chaqueta y de ese pantalón...

¿Se da cuenta que en estos tiempos se han soltado mis frenos? ¿Quién pudiera describir mis sentimientos extremos?... Usted no lo hará. Usted escribirá otros asuntos que desde ya aprecio. Usted, si bien tiene sentimientos profundos, no los ahonda, ni tiene ese otro aire maldito para expresarlos. Rara vez se entiende la espada con la pluma, y el coraje con la escritura... Estoy en días de escribirle al poeta Olmedo, quien regresa de Londres a tomar una parte activa en los negocios de la patria, que bien necesita la infeliz de amantes que le sirvan

con sentimientos denodados y amor puro. Olmedo es poeta y político, no militar. Alguna vez le di palos de ciego, acaso al político y no al genio que le arrebató a los cielos. También es culpable de algún momento que me metió a poeta... Me contradigo... hasta los militares llevamos un Milton atravesado en las arterias.

Lord Byron me estima porque he combatido como él, acaso con otro destino, que es el mismo. Ambos, después y antes de entregar el cuerpo al sepulcro, sufriremos la pena de los resentimientos y de las aversiones. De pocos y pocas de ellas somos culpables. Sujetos y objetos de la historia, con el alma trastornada y sensible.

Lima y lima para pulir las obras de los hombres...

No soslaye que soy un hombre de pasiones, en consecuencia, un arrebatado hasta la imprudencia, defecto que me afecta. Ya escribiré que mi espíritu se precipita como una tempestad. ¡Pues bien escrito! Agregue que no acostumbro frenar la viveza del ánimo, la cólera, el entusiasmo, pues atiendo a Simón José Antonio, próximo a cumplir cuarenta y cinco y parece —así me ve— tener cincuenta años; el cuerpo delgado y flaco; brazos, piernas y muslos descarnados; de mal humor en esta hora —que no es mal de humor—, pues así lo dice el color —pesadumbre y tostado de mi cara ahora más obscurecido.

Atiendo también a Simoncito con su infancia plantada a su manera. Atiendo a la gloria, y a esos hombres que ni palidecen porque sus libres pensamientos sean crímenes. Soy gente de imaginación y orgullo, indomable, urgido por la lucha y la indignación contra el oprobio.

De alguna manera estoy más cerca de Byron que de Napoleón, aunque no le guste, que se lo veo en ese rictus de francés y oficial. Del Monarca no tengo mucho que agregar. Alguna vez habrá visto su retrato presidiendo un despacho de Bolívar. Del poeta siempre tengo que decir. Usted dirá de aquel, y a lo mejor no escribirá de mis sentimientos por el genio que me dejó esperando su ardorosa vida, su goleta Bolívar, y su voz para oírle el poema al general Libertador. Entonces me gloraba en el reino liberado del Perú —por obra y gracia de Antónito Sucre—, paseando orondo por los jardines de Villa Magdalena. Alguna vez me vi en alta noche, despedida la guardia para que no tildaran de loco a su tío y general, entregado al poeta y a las vicisitudes de su alma, recitando, exaltando sus versos ante los ojos desorbitados de mis edecanes...

¡Tiempo de aguas! soy desagadero. Los aleros, los perros, los patios y sus flores, las calles, los corrales y los gallos cuentan y cantan a su manera. Ni soy Lord Byron ni él Simón Bolívar. Pero tanto él como yo nos encontramos en el mismo personaje: el charlatán.

Ahora mismo, que ya basta por esta noche trajinada por mi hamaca y las voces del aguacero, Bolívar se va a quedar con Byron, y usted con Simón Bolívar. Descanse, amigo, que yo trataré de hacer lo mismo sin remedio.

VIII

Déjame Dios, contemplar el cielo esta noche de soledades y averiguar de albores. Déjame pasear por los campos, antes de la batalla, requiriendo mujeres, aguardiente y coca para que el ejército libertador desbarate las pesadillas y le abra frentes a la nostalgia. Quiero guarecer el cuerpo con una casaca, una cobija, una camisa... Enciende el fuego, que mi vida sólo

respira en una hoguera. De nada me sirven este pantalón ni estas botas ni esta espada de otro acero. Déjame seguir la vida para defenderla, tal y como hice cuando me quedé solo a los diecinueve.

Ruega a Dios, María Teresa. ¡Ay! mi niña, mi océano de amor, el barco encalla, se quema, se reduce, despojado mira a las estrellas. Tú dispusiste, María Teresa, tú, y tu azul inocencia, que yo dije glauca entre tus pechos; tú, mi niña de soterrado bláncor. Quiso la Fortuna, di que los muertos libertarios quisieron, que yo me encontrara con el loco de Samuel y empolvara mi amor por ti y desempolvava mi ardor por la patria, el ardor a esta tierra que es única y diferente a las otras, que es continente de mujer parecida a ti.

¡Ay! María Teresa con sus Hipólitas por ventura. ¡Ay! inexplorado Robinson... ¡Ay! vieja, tanto te di que hacer hasta que me viste reposado en los brazos de María Teresa: ¡Vamos, enciendan el fogón, que hay muchas arepas por hacer! ¡María Teresa, niña, que se te van a quemar las manos!... Báñese, mi niña, que a Simoncito le apesta el olor a cebollas. Ahora, cuando regrese encandilao de esas reuniones, no la va a querer por el olor a cocinera. Usted me gusta, mi niña, con los perfúmenes de las Europas. Así va a encaramar a Simoncito, encariñao como es...

IX

¡Amigo mío, usted va a terminar sus días con un enorme coraje y una muy tristísima soledad. Ya tengo nostalgia de su buhardilla final.

Cualquier estación se le parecerá al invierno que me aco-
sa, aterido el corazón; para usted desdibujada porque nublará

sus ojos, los mismos que le escudriñarán el desafío de la última batalla.

¡Carajo!, permítale un trago a su Excelencia.

X

Es tiempo de agua. Tiempo de aguaceros. Tiempo de otoño para Simón. Y de largo verano para usted. Usted me comprende. Tanto usted como yo a esta existencia debemos lo que somos, pero usted y yo somos lo que la existencia nos debe o nos permite. Acaso su destino esté aquí, bajo estas aguas. El mío ahora mismo se decide. No veo nada humano para mantener a Colombia. Y por ella soy curso, boca al mar, navegante... Sometido a la naturaleza del hombre y a los poderes que de ella toman los beneficiarios de sí mismo. Mire usted hacia Ocaña. En uno y otro bando están. La Convención nada hará que valga: los partidos y la guerra civil serán el resultado. ¿Qué hacer? En cuanto a mí, yo sé cuál es el mejor partido: abandonar el país o morir de pena... viéndome solo porque los ingratos y los pérfidos así lo han querido... (Tome ese resto de brandy, aunque siempre quede un resto para después). ¡Tiemblen sus guedejas de serpientes! Me iré con Dios porque no quiero vivir aquí un solo día, después que hayan dividido al país... Todavía no sé lo que haré de mi persona. No lo sé, pero estoy resuelto a marchar donde el peligro o la necesidad me llamen.

Estoy donde estoy. Nos vamos a sepultar entre las ruinas de la patria, porque todo es malo, y todo es peor. Confieso que la evidencia de la fuerza arrastra consigo los principios de su propia destrucción... No hay salida. La división es la ruina misma —¡cómo la propician!—, y la federación el sepulcro de Colombia. Por lo mismo el primer mal es preferible a lo demás, pero más como un plazo de la destrucción que como un bien.

Digo que hay gente de la maldición del cielo, y parece que en sus venas corre veneno. (Nada que ver con este tiempo de agua y esta higuera). Hay gente herida de la maldición del cielo, y en su mente reside el espíritu de Satanás; gente maligna y abominable. Siempre lo tuve en cuenta, pero nunca sentí su peso bajo el sombrero. Un vasto océano de amargura va inundando el Nuevo Mundo que debiera salvarnos, y nos hará sucumbir. El espíritu de partido dictará intereses y no leyes; al fin triunfará la demagogia de la canalla. Son mis más íntimos temores... No es canto de grillo que ha despertado esta mañana.

Amigo mío, no se sorprenda de las infaustas noticias que deberán seguirse. Y no me mire así, como quien ve el tiempo de su emperador, que las infaustas que espero las desconozco, salvo mi voluntad de no dejarme hundir y sepultar mi gloria entre las ruinas de Colombia. Contra la fuerza y la voluntad pública he dado la libertad a este país, y como esta gloria es mi fortuna nadie me puede privar de ella.

XI

(¿Dónde está mi generoso Ferguson? ¿Qué balazo por mí su corazón espera? ¿Y el regañador de José Palacios? De seguro estará contándole de mis flaquezas y humores a la Manuelita, y con lujo de detalles. ¡Que hagan de las suyas! ¡Que atraganten el amor por salvar mi vida y cambiar el resto que me queda!).

Estoy decidido a tomar una firme decisión: No me separaré más de mi Manuela.

Me lo creo, aunque no sea cierto.

XII

Es difícil conocer y menos adivinar cuál será el resultado de la Convención. Allí van a reunirse espíritus diversos, sentimientos opuestos y hombres diferentes. ¿Quién, después, será capaz de contener la desmoralización de unos y las pasiones de otros, sino la fuerza? Si tal se hiciere yo vería en el Ejército a cualquier otro que no fuera yo...

La copa deja un resto para usted. ¿Qué me dejará Ocaña?... Una y otra vez diré y escribiré que ¡el peligro es mi gloria! ¡El peligro es mi trono y vencerlo es mi gloria! Por lo demás, la desesperación es la salud de los perdidos y esta debe ser nuestra salud. ¡Que nadie eche en saco roto esta sentencia! (En sus ojos veo una desesperación distinta. La decisión será suya). ¡Que no me digan que nada es provisional en una revolución!

¡Amigo mío! para el general Bolívar yo no quiero nada, nada, nada.

Perezca yo mil veces —que así está dispuesto— antes de tener miras personales, ni causa propia. Mi único amor siempre ha sido el de la patria: mi única ambición, su libertad. Los que me atribuyen otra cosa, no me conocen ni me han conocido nunca. Es tanto lo que me atormenta la vil suposición de que tengo miras personales, que estoy resuelto y aún desesperado por irme para probarles lo contrario, y aún haría más si fuera necesario... Sólo he combatido por la libertad y por la gloria, y no por mi engrandecimiento. No soy como el hombre de las leyes que en el Magdalena dicen que vive de la salud del pobre y se apropia de lo ajeno. Usted lo conoce. ¡Mírelo agitando en Ocaña sin pudor alguno!...

XIII

Ahora cantan los grillos y la lluvia. Ahora canto yo una triste balada, yo que he combatido por la libertad y por la salud de la patria... Digo que estoy resuelto a abandonarla inmediatamente que la gran Convención decida de su suerte. Sólo por un milagro espero no hacerlo. ¿Entendido?... Sólo un milagro, ¡Madame de Staël, cuánto la aprecio en estos días siniestros, principio del fin!

¡No! ¡No! De nada servirán mis palabras... ni las esperanzas de los justos. La virtud es modesta y el crimen violento. ¿Qué patria se puede salvar en medio de tantos monstruos que lo dominan todo, cuando la virtud se llama servil y el parricidio liberal, y cuando el más atroz de los ladrones es el oráculo de la opinión y de los principios?...

Oiga la calle desolada. Oiga la noche. Déjeme decirle que no abandonaré mis tristezas así me consuman la salud... Déjeme usted solo con la tempestad... y mi hermana María Antonia.

XIV

Al Excmo. Señor Libertador, Simón Bolívar.

Mi querido Simón:

He recibido dos cartas tuyas con mucho gusto, por saber te mantienes con salud como te deseo. He venido de San Mateo a prepararte la casa lo mejor posible, y creí verte, ya muy pronto; y salimos ahora con la novedad inesperada de Cartagena, ya los pueblos están acostumbrados a tener cada día una revolución, de modo que a ese paso se va a destruir, hasta el caso de ser mejor vivir en Argel con los moros: yo vivo

tan disgustada que quisiera irme aunque fuera a los Cayos, porque todos se han vuelto asesinos y ladrones...

...La casa la tengo ya compuesta, y sólo espero tu llegada.

...Aquí todos esperan que esto mejorará luego que tomes el mando: como han pedido todas las corporaciones, en las representaciones que han hecho.

...Espero que para el día de la Santísima Trinidad estarás aquí. Le he ofrecido techar la Iglesia; si te concede ver pacíficos y en orden, en este año, todos los departamentos de Colombia.

...En fin Dios te saque de las revoluciones y jaranas con felicidad para tener el gusto de verte con tranquilidad...

Soy tuya,
Antonia

XV

¿Quién no sufre de mal de ojos? ¿A quién no le llega su hora? ¿Su malestar profundo? ¿La herida de muerte que no logró en la batalla? Estoy perdido. Perdida la patria en manos de la anarquía y la corrupción. Perdido Simón en sus trastornos. Perdido en sus enfermedades innumerables, y sin remedio.

Yo quiero, María Antonia, hermana mía, pedazo de madre mía, que, ni de mi cuenta ni de la tuya, hagas el menor gasto, pues bien sabes tú el estado de pobreza en que nos hallamos. Me voy de Venezuela, a cualquier parte, donde quieras tú, adonde yo pueda, pero sin la miseria de por medio.

No me reclames. Si de muchacho gasté, y bastante, me arrepiento, me arrepiento. También en estos años de revolución, pues no quedaba otra cosa. Desnudo me vine y desnudo me voy, te dije alguna vez, pero guarda el resto que nos queda para no pasar el resto de la vida como un miserable. Te advierto una vez más que no tengo un peso en este mundo y que si perdemos los bienes de nuestros padres pereceremos. Tú comprendes, María Antonia, comprendes que la única batalla de los Bolívar la darás tú.

Mi corazón me dice que mi historia por Colombia se acabó, aunque ruego a mis amigos y libertadores, con lágrimas en los ojos, María Antonia, y postrado a sus pies, que no abandonen, que no abandonen la República.

Todo va de mal en peor para tu hermano: nadie es grande impunemente, nadie se escapa al levantarse de las mordidas de la envidia. Estoy aburrido —desconsolado, dirás tú— aburrido hasta el alma. Estoy cansado de los hombres y del gobierno, y ya es tiempo que me retire a la vida privada, aunque fuera a un desierto a vivir con las fieras.

Me voy, me voy a cualquier parte, aunque no quiera vivir lo que me queda por vivir, que no es mucho, hermana mía.

XVI

¿Qué decir de los sentimientos de Perucho Briceño Méndez?... Lea Coronel:

“El Libertador entregado, y puede decirse, dominado de los más fuertes presentimientos, sin esperanza alguna de salud y en un desaliento mortal”...

Aguarde usted, que esta tos de mierda me impide oír... Y no me mire con esos ojos vidriosos y apeñuscados como pendientes de un clavo. No se detenga. Siga.

“El país dividido en tantas fracciones y partidos cuantos son los que los mandan; la Convención entregada a Santander; y nosotros chasqueados y sin fundamento para confiar en gentes que nos han engañado vilmente ¿queda otro partido que una pistola? Si yo pudiera persuadirme que el Libertador ha dejado de ser lo que ha sido siempre, no dudara cortar la dificultad con una bala; pero por fortuna no puedo creer que él haya perdido su antigua energía y su constancia inflexible”.

Déjeme Coronel botar la bilis que me ahoga.

XVII

Amanecí con los mismos humores, quiero decir con el mismo pensamiento. Yo me sepulto vivo entre las ruinas de esta patria, por complaciente y dócil a los consejos de los tontos y de los perversos; por lo mismo debo irme o romper el mal. Lo último sería tiranía, y lo primero no se puede llamar debilidad, pues que no la tengo. Estoy convencido de que si combato, triunfo y salvo al país... Yo no aborrezco los combates; mas ¿por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos, que se llaman libres y moderados? Me responderán a esto que no consulté, a estos mismos buenos y libres, para destruir a los españoles, y que desprecié por esto la opinión de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar...

Mi estado, ahora, es un suplicio y, por lo mismo, quiero salir de él decidiéndome a tomar un partido que me saque de confusiones... ¡Ay! hasta el bien nos hace daño en esta crisis.

Cada paso, cada instante, es un escalón en que descendemos, y si mi desesperación no fuese igual al horror de nuestra suerte, hubiera perdido el juicio. Me encuentro en el tremendo momento de la calma del despecho.

No le haga caso a mitos y óigame, Coronel... si la patria recae en nuevos peligros, mi obligación es servirla y salvarla en cuanto dependa de mí. Es imposible que yo me conduzca de otro modo.

XVIII

Ahora llegan noticias de que en Ocaña se han decidido por un gobierno unitario y bien constituido. Me aseguran estar resueltos a no firmar ni votar cosa que no sea excelente y que más bien abandonarán el campo a los facciosos, retirándose de Ocaña y denunciándolos, a la facción parricida, como perturbadores y enemigos públicos.

Se dice aún más; que tienen el ánimo de llamarme para consultar conmigo sobre la nueva Constitución que se va a adoptar. Colija, si fuera cierto, que mi disgusto no ha sido tan infructuoso, ni mi soledad de Bucaramanga tan perjudicial.

Soy un romántico, pero no me joda con... esos ojos al revés... La mecedora es suya y el brandy también. Beba.

XIX

(Simón: Algunos conocidos me han dicho que los convencionistas están un poco melancólicos, y yo digo para mí que

siempre hace el necio al fin lo que el discreto al principio. Soy tuya. Antonia). ¿Será cierto, hermana mía?

Pasan loros, bandadas de loros. ¿Hay, acaso, alguno de ellos metido en el lodazal del cielo?

XX

Cuando cantaron los gallos me dije: Simón, no has dormido. Basta de militares. Simón, basta de políticos y partidos. Simón José Antonio, basta de libertadores y campos de batalla. ¿Hasta cuándo avatares y somnolencias y delirios?, me preguntó María Antonia. ¡Ah mujer tan brava!... ¿Hasta cuándo toses y bilis y fiebres de malaria y cuanta enfermedad parió la tierra?... El poeta me levantó de la cama: ¡Adelante verdugos!

XXI

Rechazaron la moción sobre excitarme de ir a Ocaña. Los que la han rechazado son unos locos malos, porque en toda la República se considerará ese hecho como un desaire a mi persona y, por lo demás, los numerosos firmantes de las actas, el pueblo y el ejército, se enfurecerán contra los diputados que han votado por su admisión.

El propio Santander confesó que mi influencia era tal que muchas veces se había acercado a mí lleno de venganza y que, apenas me había visto y oído, se desarmaba y salía lleno de admiración por el hombre extraordinario que había creado la patria, y que si eso le sucedía a él que es un general y un vicepresidente, qué sería con los demás ciudadanos. Tal confesión, amigo mío, retrata su carácter. También evidencia el amor de los pueblos... Santander no tiene un sentimiento que sea notable. Es lo que llaman un franco malvado.

Permítame tomar la copa. Permítame un trago sin otro afán que mi garganta.

Le digo con franqueza: si acaso hubiese sido aprobada aquella disparatada moción yo hubiera visto en aquel acto una acechanza del partido de Santander para atraerme a Ocaña con el fin de hacerme caer bajo sus puñales... La sala de la Convención podía ser para mí lo que el Capitolio fue para César: no porque creo que Santander, Azuero y Soto —pervertidos por el odio— hubiesen ellos mismos tomado el puñal: demasiado conozco su cobardía para pensarlo así, pero habrían hallado uno o más asesinos que hubiesen tomado a cargo la empresa.

También mi hamaca es un disparo.

XXII

Amigo mío, me van a partir el alma porque no soy partidista y menos liberal bocón. Soy hombre de espada que alienta leyes para sobrevivir, leyes serenas en este tiempo de mentiras y promesas de ocasión. Siempre he convocado al pueblo para decidir. Y una vez más lo llamaré a pronunciarse. Hasta en el amor consulto a mis delirios —como en los asuntos de familia a María Antonia—. De alguna manera fui huérfano de padre y madre. ¿Quién como yo ha sido tan fiel a las convenciones, colegios electorales y congresos? Desfallezco por dar vida a la República moribunda. La desesperación es la salud de los perdidos y ésta debe ser nuestra salud.

El que aplica paños solamente, no es más que practicante y nunca sube a protomédico... La moderación siempre es tímida y la fortuna desaira la timidez. Amigo y coronel, las inspiraciones del miedo son fatales...

Beba, sorba hasta el final. Prepare su mano para que escriba sobre mí cuanto quiera y le venga en gana. Hágalo, que no me apena. Soy como soy. No como era.

XXIII

Caracas, 7 de junio de 1828

Al Excmo. Señor Libertador Presidente de Colombia, Simón Bolívar.

Mi querido Simón:

He recibido tu carta del 4 de mayo: y me alegro estés sin novedad en la salud. Sobre lo demás, me parece que todo se compondrá, si en lugar de cataplasmas, se aplican vegigatorios pues no está en el orden que por un miembro enfermo perezca todo el cuerpo.

Memorias de todos y es tuya

Antonia

XXIV

Albricias, Manuela, pretendida Eloisa, ya no voy a Venezuela. Nos veremos muy pronto. ¿Qué tal?, ¿no te gusta? Pues, amiga, así soy yo que te ama con toda su alma.

¿No crees? Ciertamente, no me crees. Di, pues, cuanto desee o no mi pasión de ánimo.

Le creo, aunque no sea cierto. Creo que mi amor es su refugio. ¿O no? Regrese pronto. Hagamos un saco de los

concilios de los enemigos. Olvide usted esos fantasmas y piense en su Manuela. ¡Desvaríos, desvaríos!... Ojalá usted en los suyos me tuviera... Escuche usted la voz de mis latidos... Mi Simón triste y amargado, su ausencia me rodea de una huraña soledad. Usted conoce de cuanto soy capaz de hacer.

Arrecia el tiempo de agua. Sí.

XXV

Arrecie el tiempo de agua. Mi médico me ha dicho que mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que pudiera vivir ocupado en mi destino especial. Si Madame Staël me prestara su pluma, diría con ella que soy el genio de la tempestad, como aplicó esta frase a Napoleón. El peligro es mi trono y vencerlo es mi gloria.

Cuando me hablan de valor y de audacias siento revivir todo mi ser, y vuelvo a nacer, por decirlo así, para la patria y para la gloria. ¡Cuán dichosos fuéramos si nuestra sabiduría se dejara conducir por la fortaleza! Entonces yo ofrecería hasta lo imposible: entonces se salvaría Colombia y el resto de la América también. Que se unan, pues, todos nuestros amigos en este sentimiento, y se alejarán para siempre de mi boca esas indignas palabras de peligro y temor; que me manden salvar la República, y salvo la América toda; que me manden desterrar la anarquía, y no queda ni su memoria. Cuando la ley me autoriza, no conozco imposibles. No son jactancias ni persecuciones vanas estas ofertas de mi corazón y de mi patriotismo: no amigo, quien ha podido presidir a tantos prodigios, tiene derecho para esperar todo.

Ya está el toro en la plaza, ahora vamos a ver quiénes son los guapos... Echemos el miedo a la espalda y salvemos a la patria.

¿Epílogo?

Caracas, 22 de julio de 1828

Al Excmo. Señor Libertador Jefe Supremo de Colombia
Mi querido Simón:

Me alegraré que estés bueno, por acá no hay novedad gracias a Dios todo se ha hecho con orden y han quedado contentos de que seas el que mandes a excepción de aquellos hombres que por sus fines particulares no quieren el orden y aún estos se han demostrado muy moderados. A mí no me gusta esto, porque es doble el trabajo que tienes pero me conformo porque todos lo quieren así y no hay otro remedio. Anoche hubo una gran función en la plaza con tu retrato y fue muy numeroso el concurso. El retrato fue y vino en procesión con música y todo el pueblo y militares, que repetían continuos vivas y aclamaciones y por la mañana tedeum con salva de artillería, en fin el día estuvo muy divertido, pues hasta aquellos antiguos gigantes salieron por las calles. Yo estoy algo mala y así no soy más larga. Pide a Dios que te dé acierto y fuerzas como se lo pide quien más te quiere.

Antonia

Manuela Libertadora

No fui yo más que el instrumento de la magnanimidad del general Bolívar. Antes y después de aquella medianoche. Él no hizo otra cosa que dar. Vivía en otro mundo. No hizo nada, nada, nada para él, porque la gloria que tanto amaba le pertenecía. Aún así, era un solitario, de lleno en el volcán de las grandes pasiones. Ardor puro, fuego, fuego inmaculado y, como tal, desvelado, definitivamente solitario.

Yo lo deseaba con su mismo ardor; a veces, y muchas, con una fiebre infernal.

Ambos conocíamos el enorme descaro del amor. Ambos la soledad sin límites. Siempre estuvimos más allá del horizonte. (La noche se apoderó del mar. Sólo escucho su rumor, su pertinaz oleaje. ¡Ay! de la apagada armonía del universo. El aire tiene olor de cangrejos).

No fui yo más que el instrumento de él, antes y después de aquella medianoche. Ahora es menguante. Entonces cielo color de cuervo, conticinio de luna llena, secreto asunto de la providencia.

A las seis de la tarde me mandó a llamar. Contesté que tenía dolor en la cara. Estaba furiosa con él, no entendía que sus amigos lo iban reduciendo poco a poco. Mentira su lisonja de que confiaba en mí ciegamente. Preferí permanecer en mi habitación, rumiar mi desencanto, acaso esperar por un nuevo mensaje, pues él me necesitaba.

—Manuela, Manuela, soy siempre tu más fiel amante.
(Voz de Bolívar, que es de Manuela).

Mentira. Aunque... alguna vez no fue mentira. Siempre fue el mejor amante del universo. Ahora le escucho: "... yo imploro de su misericordia, que proviene de su alma pura, yo imploro que no me deje morir sin su presencia".

Sacudo de la memoria a las grandes señoronas que susurraron por doquier de sus exquisitas, desbordadas artes en la guerra del amor.

(Relinchos). Las injurié a todas, cuando me sentí derrotada en la batalla. Las llené de heces cuando las imaginé victoriosas, porque el general había dispuesto de su espada como un desesperado en San Juan de los Morros o una fiera implacable en el tremedal de Pasto.

Mentira, mentiras de la perdición, porque hasta la perdición amó a muchos hombres. Seductor porque así lo dispuso su natura, la guerra, la América nuestra, la necesidad de Patria, su devoción libertaria. (Trinan pájaros. Palmas mecidas por un viento suave). (No me quejo, Simón, te acuso, te pregunto, aún más, te entiendo, como si ahora mismo estuviera echada en las arenas de El Garzal, entre tus brazos. Respondo yo, respondo yo por ti: sin ellos no hubiera sido posible cuanto fue posible, porque tú no te parecías a Dios, sino a la gloria. Aún más, tú hiciste la gloria).

Me mandó llamar, a su mujer de alma y cuerpo y corazón, hermoso cuerpo desnudo y perfumado con agua de verbena; tierra generosa, de raso y seda, y hamaca y alfombra y terciopelo y piedra blanda y volcán y lava y deliciosa miel... la suya y la mía, y mucha, inolvidable pringamosa, y las 24 horas de mi vulva que su alicaído humor retuvo para saciarse cualquier día de mayo... (Murmurios, cadencia de besos, suspiros). (Lo quiso de pie, aferrado a una ventana, como si despidiera

sombras de la calle, como si despojara cuchillos de su cuerpo, como si espantara perros. Los perros, nuestros perros: heridos de muerte por defenderles de los cruzados de San Bartolomé, de pistolas y mucha mierda liberal).

—Venga, venga pronto que me muero sin usted. (Voz de Bolívar, que es de Manuela).

Me mandó a llamar aquella tarde. Contesté que estaba con dolor en la cara. (En Villa Magdalena ni respuesta te di ni el hálito mortal que pedías para la contemplación de la divinidad hecha mujer. Palabras del amor desesperado de un general). Repitió otro recado diciendo que mi enfermedad era menos grave que la suya y que fuese a verle. Refunfuñé una y otra vez, y José, una y otra vez repitió sus palabras: ¡ven, ven, ahora mismo, ven! Su tristeza sonó en mi oído. Es un ingrato, le dije a José. La necesita —me respondió. ¡Si no fuera por esos malditos conspiradores! —grité por el corredor. Soberbia como la María Antonia, su hermana —escuché a mis espaldas. No soy mantuana —dije. No lo soy. Batí la puerta.

Al rato alguien chapoteó en la calle: José. Le recibí en el vestíbulo con un traje de muselina blanca. El talle alto bajo los pechos. ¿Qué pasa ahora? —le pregunté. Insiste en que su enfermedad de usted es menos grave que la de él —respondió. Hay una enfermedad peor de la que él no quiere saber —dije. De esa le manda a decir —respondió. (José tenía lágrimas, José tenía arrugas por todas partes, José tenía el alma como una pasa. Sus manos le temblaban, su garganta. Entre mis piernas, un terrible escozor. De José me gustaba su emoción imperturbable. Aquella noche era otro. No era el ángel de la guarda de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. No era. No era aquel hombre que había imaginado, aunque él no lo fuera, detrás de Simón en Casacoima con un cuchillo

en la boca porque prefería verlo muerto que en manos de españoles. José era hombre de pocas palabras, como lo fue esa noche. Tenía piedras en la garganta).

Remecí el orgullo. Me puse en ascuas, me sacudí la amargura con el general. Le dije: Espera a que me ponga mis zapatos dobles, porque la calle está mojada. Por detrás de mí apareció Jonatás: aquí están, señora. ¿Y el chal? —le pregunté. Aquí, en la mecedora —respondió, mientras lo alzaba con la intención de ponerlo sobre mis hombros. Déjate de mimos —le dije—, hoy sí te viene bien tu calzón de soldado. Embocé mi cara: ¡cómo me gustaría tener un par de...! Me interrumpió Jonatás: ¿De qué, señora? ¡De pistolas, Jonatás, de pistolas!

Por pura inspiración o por la lluvia me calcé los zapatos dobles.

Igual me hubiera aparecido en el San Carlos con los pies desnudos, como a él le hubiera gustado en alguna otra ocasión, dígase de intimidad. Me quedaba bien el chal sobre el cuerpo, que de paso me lo dijo el espejo. (Claror de la noche). Me vi en la calle saltando sobre los charcos. Mujer de Cuenca, de Riobamba, de Quito, de Pichincha. Encendida en Junín, combatiente en Ayacucho. Coronela.

(Lejano sonido de corneta).

Me vi traspasar las puertas del San Carlos con el chal fuera de sitio... y bien puesto el coraje. Me vi subir las escaleras sin previo aviso ni dulzuras con los perros. (Por las escaleras escuché sus quejidos, por el corredor del piso alto. Dentro de mí les dije: ahora vuelvo... Nada de remilgos que ahora vuelvo. Me escucharon porque dejé de oír sus lamentos).

Frente a la puerta de la habitación del Libertador abrí el chal para ajustarlo a mis hombros. Toqué con enfado. Oí su voz doliente: Entra. Giré el picaporte. Pasee la mirada por la habitación. Fijé mis ojos en la ventana. ¡Pasa! —me dijo. (El Libertador conocía el sonido de mis pasos, el olor de mi cuerpo, mi manera de tocar la puerta). Tomo un baño tibio. ¡Pasa! —le oí decir. Estaba en la bañera. Metido el pedazo de cuerpo que tenía, desnudo, caída la barbilla, somnoliento. Menguada, desgarrada sombra. Me dijo que iba a haber una Revolución. Le contesté furiosa: Puede haber, enhorabuena, hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos. Melodía agudísima: No tenga cuidado, ya no habrá nada. Voz de pura rabia la mía: ¿Y por qué me mandó a llamar? Escondió la cabeza en el agua y luego la alzó para decirme: ¡Te amo, Manuela! Yo alcé un poco más su cabeza y él quiso enderezar su cuerpo, y le cubrí con una toalla. ¿Cómo detener mis besos en el cuello amado? Me remontas —dijo. Calla —dije. Me encarnizas —dijo. Calla —dije. Me embriagas —dijo. Le tomé por la cintura y lo estreché con mi cuerpo. ¿Cómo detener sus dientes de entraña pura?

Acaso fueron las campanas de la iglesia. Me encontré echada a su lado. Salimos del sueño. Lee algo, Manuela —me dijo —, lee alguna vaina del Quijote. Tosió sin pena. Metí las manos en sus axilas, mi cara en la hondonada de su estómago. Suspiró. Sentí deseos de llorar. Me dijo: No llores, Manuela, lee. “No me desfallezca en este trance vuestro favor y amparo”. Oportuna la cita —dije— y abrí el libro. Le vi una sonrisa. Leí: “Carta de Don Quijote a Dulcinea del Toboso”... No le gustó mi pausa, pues dijo con énfasis, aunque menguado: lea. Leí.

(Un espectador se levanta y lee): “Soberana y alta señora: El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que

él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo. Tuyo hasta la muerte, EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA”.

Levanté la vista. Pasé ésta de mis manos sobre su cabeza. Ya no ardía su frente. Sentí deseos de jurungar su cuerpo, pero no, era un ángel, un desvencijado ángel, una flor, un delicado pájaro dormido. (Claro que mi mano derecha buscó tus piernas. Claro que mi mano izquierda tu cuello, tu encogido corazón. Dormías. No soñabas con Manuela, “tu verdadera mujer, leal y sin reserva”, ni era tu cuerpo parte de mí, que si lo era, flácido como estabas. Me vi de pie contemplándote, me vi mirando a uno y otro lado. A la izquierda, tu espada. Al otro lado las pistolas cual voluntarias, aunque ya no te faltaban).

Silencio, amargo silencio. El Libertador dormía. Parecía sumergido en las entrañas de la tierra. Sobre una mesa coloqué su espada y dos pistolas. Sonaron campanas. Ladraron los perros, mis perros, que no eran suyos sino míos. Compañeros de toda la vida. (Después supe de la espada de Carujo sobre el perro bayo: lo mordió la muerte en su primer ladrido. La de Zuláibar sobre el rubio. Sentí ambos filos en mi cuello y mi cabeza caer a los pies de los conjurados. Los sentí sobre el cuello de Simón: su cabeza en el pecho de la mascujada liberal. Asco en mi entrañas). Sonaban campanas. Doblaban otras. Se apagaron: las doce. Ladraron, gimieron, callaron los perros. El silencio en trance, enmudecido. Zumbó una mosca. Sentí

un ruido extraño: eran los pulmones, el esófago, la garganta del Libertador. (Tú dormías, tú roncabas, como una paloma roncabas. Te escuché: como una paloma roncabas).

(En el techo rumor de golondrinas).

Mi sobresalto lo despertó. Mis manos sacudiendo sus pies, acostumbrados a pararse sobre estribos, sus pies de dama limeña acostumbrados a acicatear bestias. ¿Quién eres? —me preguntó. Manuela —le respondí. ¿Qué pasa?. Vienen por tu vida. En un santiamén tomó la espada y una pistola, desnudo como estaba. Te pareces al Quijote —le dije. Creo que no le gustó. Intentó abrir la puerta, pero le contuve y lo hice vestir: lo que verificó con mucha serenidad y prontitud. Me dijo: ¡Bravo, vaya! Estoy vestido. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Hacernos fuertes? Lejos tronó un cañón de artillería. Calcé mis zuecos dobles en sus pies. Los conjurados se acercaban, llegaban, llegaban los pasos y los gritos. Volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Fuego de fusilería en la calle. (Una vez más me preguntaste: ¿Qué pasa, Manuela?). Me dije: si no salta por la ventana está muerto. Entonces se me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día: ¿Usted no dijo a Pepe París que esa ventana era muy buena para un lance de éstos? Dices bien —me dijo—, pistola y sable en mano, y fue a la ventana. Yo impedí el que se botase porque pasaba gente y lo verificó cuando no la hubo y porque ya estaban forzando la puerta.

Fui a encontrarme con ellos para darle tiempo a que se fuese, pero no tuve tiempo para verle saltar ni para cerrar la ventana. (La puerta estaba llena de gritos, de improperios, de furias, de maldiciones). Encontré una espada en el camino. Sentí un pedazo de la noche fría. Abrí la puerta. Desde que me vieron me agarraron y me preguntaron: ¿Dónde está Bolívar? Les dije que en el Consejo, que fue lo primero que

se me ocurrió. (Luego comentaron que los enfrenté espada en mano, con admirable presencia de ánimo y muy cortésmente. Acaso fue así, pero mi corazón ardía en una hoguera). Entraron puñal en mano y cuero guarnecido de pistola al pecho. Registraron la primera pieza con tenacidad, pasaron a la segunda y viendo la ventana abierta exclamaron: ¡Huyó, se ha salvado! Yo les decía: No, señores, no ha huido, está en el Consejo. ¿Y por qué está abierta esa ventana? Yo la acabo de abrir, porque deseaba saber qué ruido había. Unos me creían y otros no. (Esos hombres no estaban serenos pues no repararon en mi pistola que puse sobre una cómoda ni en la espada que estaba arrimada; además, en el sofá del cuarto había una fuerza de pliegues cerrados y no lo vieron. Cuando ya se fueron los escondí debajo de la estera). Pasaron al otro cuarto, tocaron la cama caliente y más se desconsolaron por más que les decía que yo estuve acostada en ella esperando que saliese del Consejo para darle un baño. Me llevaban a que les enseñara el Consejo. Yo les dije que sabía que había esa reunión que llamaban Consejo a las que iba en las noches el Libertador, pero yo no conocía el lugar. Con esto se enfadaron mucho. (Parecían almas en pena). Y me llevaron con ellos, hasta que encontré a Ibarra herido y él desde que me vio me dijo: ¿Conque han muerto al Libertador? No, Ibarra, el Libertador vive —le respondí. (Reconozco que ambos estuvimos imprudentes). Me arrodillé y me puse a vendarlo con un pañuelo de mi cara. (Aquellas almas no hallaban qué hacer). Entonces Zuláibar me tomó por una mano para hacerme nuevas preguntas. (Mi otra, mojada por la sangre de Ibarra). No adelantando nada me condujeron a las piezas de donde me habían sacado y yo me llevé al herido y lo puse en la cama del general. Dejaron centinelas en las puertas y ventanas y se fueron.

(Tiros. ¡Vivas! disonantes, taconazos. Maullidos de gatos. Aleteos).

Callaron voces y gritos. En mi corazón los latidos de mi hombre idolatrado. (Después supe que caminó arrimado a la pared del Monasterio de las Carmelitas; que su pastelero, José María Antúnez, le vio caer de la ventana y lo siguió. Es el tío, es el general, es él, se decía Antúnez. Que Bolívar apresuró el paso y que Antúnez también, que Antúnez, como una ple-garia, como un silbido dijo: Su excelencia, tío, don Simón, es Antúnez. Que el Libertador vaciló y Antúnez corrió hacia él y metió sus brazos por debajo del sable y la pistola, y se le metió en el pecho, y su tío, el tío de sus soldados, respiró como en Bomboná, y alisó la frente muerta y con su aliento dijo al oído de Antúnez: Asaltaron el San Carlos, José María. Y José María le preguntó: ¿Y a dónde va, general? Al cuartel Vargas —respondió Simón).

(Sollozos. Pasos que se alejan).

(Después dijeron que fui golpeada varias veces con las espadas de los conjurados antes de ser confinada en la habitación con el cuerpo de Ibarra medio muerto. Que antes un tal Lopotez, me golpeó al grito de ¡Viva la libertad, muera el tirano! Que Horment, el francés, dio un empujón al agresor: Es una dama, Lopotez. Que, con la misma, respondí: ¡Ningún tirano, Lopotez! ¡Usurpador eres tú, que mancillas tu uniforme!).

(Una luz de polvo amarillea).

(Me pregunto si no fue la Providencia quien puso a José María Antúnez en el salto de vida del Libertador, si no fue ella misma la que metió las puñaladas a Amestoy en la hamaca del Libertador en Kingston, o lo sacó de la hamaca antes de los tiros en El Rincón de los Toros; porque en la noche de agosto en El Coliseo fui yo, vestida de loca —como tantas veces me

endilgó mi idolatrado general—, como la noche del 25 de septiembre).

(Silencio. Lloro un niño. Suenan aldabas. Apresuradas voces).

Al oír pasos de botas herradas me asomé a la ventana y vi pasar al coronel Fergusson: venía a carrera de la casa donde estaba curándose de la garganta. Me vio con la luna que era mucha y me preguntó por el Libertador y yo le dije que no sabía de él y no podía decirle más por los centinelas, pero le previne que no entrara, que lo matarían. Me contestó que moriría llenando su deber. A poco oí un tiro: éste fue el pistoletazo que le tiró Carujo y además un sablazo en el fin de la frente y el cráneo. (Un día antes el Carujo de la carajada había compartido con Fergusson en la casa que habitaba como huésped del mismo Fergusson). A poco se oyeron unas voces en la calle y los centinelas se fueron, y yo tras ellos a ver al doctor Moore para Andresito —desvivido en la cama del general por saber de la vida de su jefe. El doctor salía de su cuarto y le iban a tirar, pero su asistente les dijo: No maten al doctor; y ellos dijeron: No hay que matar sacerdotes. (Vainas raras de los parricidas liberales. En fin...).

(Oído a las arenas que el viento sopla).

Fui a llamar al cuarto de Don Fernando Bolívar —joven de carácter como la madre, María Antonia. Enfermo como estaba lo saqué y lo llevé a la calle a meter el cuerpo de Fergusson, pues lo creía vivo, y lo puse en el cuarto de José— que estaba de gravedad, enfermo, si no muere porque él se habría expuesto al peligro. (José era padre, sol y sombra del Libertador. Si José no me hubiera ido a buscar ¡ay! si José, si... No crean que me verán llorar (Manuela llora), porque no soy mujer de llanto

sino de coraje. Mujer de armas tomar, que por igual confirma la palabra de Antofito Sucre: “El gran poder está en la fuerza del amor”).

Total que esa noche no mandaron al Quijote del Libertador al diablo, que así lo querían uno y otro de los perros que ahora tengo por compañía. (Ladran los perros). ¡A callar, carajo! que no los nombro por respeto a la audiencia. (Los perros dejan de ladrar. Uno queda en un gemido: tiene charretera de general). Tampoco voy a nombrar al perro del gemido: godo realista, patriota después, héroe en Junín y en Ayacucho. (Manuela señala a uno de los perros). Mírenlo allí, lamiendo sus envidias por el mariscal Sucre. Aún llora su derrota en Tarquí. Ahora poco pasaron los restos de aquel general por este puerto de Paíta; por el puerto pasaron en un barco de guerra, sin pena ni gloria en el ámbito de esta casa.

—No lo repitas, Manuela, que me desgarras. (Voz de Bolívar.)

(Oleaje. Disparos aislados. Ruidos de puertas y ventanas que se abren. Rumor de pueblo. Lejanas voces: ¡Nunca es tarde para morir de amor!).

Mandé a encender los faroles. (Ondea la luz). Llegaron los generales Rafael Urdaneta, Pedro Alcántara Herrán y otros a preguntar por el Libertador. Les dije que no sabía adonde había ido a parar el general Bolívar.

(Sonido de gaviotas. Tos de Bolívar).

(En aquella locura nadie percató, ni yo, un moretón sobre mi frente, a no ser los extraviados ojos de Simón cuando su tos apagó las cinco campanadas de las cinco, que no la fiesta de

pueblo por las calles ni el desaliento de los magnicidas. Al parecer uno de ellos me empujó, caí al suelo y sus botas me golpearon. No recuerdo. No se lo contó mi carta al general O’Leary. Imagen tengo de sus puñales revoloteándome el pecho).

(Manuela de pie, fulgurante. “De rostro color perla”, donosos pechos y “amplia cabellera”. La luz se hunde en su cuerpo. Mujer altiva. Arrogante pasea su mirada más allá del escenario. Una sombra, la de Manuela joven, recorre de izquierda a derecha las paredes hasta detenerse frente a la ventana).

Por no ver curar a Ibarra me fui hasta la plaza. Me detuve en la esquina para mirar: el Libertador —de ruana y a caballo— conversaba con Santander —regiamente vestido de general. (La sombra vuelve sobre sus pasos). Batí mi chal, enardecida, y regresé al San Carlos, fustigada por un solo pensamiento: una vez más el crimen quedará impune.

—No soy ninguna Libertadora del Libertador. No lo repitas. Duerme. (Latidos de un corazón vencido). ¿Que no puedes? ¿Que no hallas que hacer en tu corazón apuñalado?... Te lo prometo, Simón: no los delataré, no seré instrumento de muerte. (Bolívar aspira). Los consolaré, los serviré en cuanto se les ofrezca, pero no digas más, duerme.

(Por la ventana el trino de un Cristofué).

(Se abre el arcón lentamente. Una luz tenue sale del arcón, al igual que las voces de Manuela y Bolívar —que es voz de Manuela). Créeme: te amo, te amaré sola y no más... Te creo, Simón... El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo... Es tu palabra, Simón... Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela... Es cuanto deseo... Simón.

—¡Ave María!... Sereno. Las doce y sin novedad.

Los perros están bien. Ahora mismo con mi cuerpo voy a calentarte los pies.

(Suenan La Libertadora. Silencio. Melodía de pájaros).

“Qué señor mío este Simón, para robar todos mis pensamientos, mis deseos, mis pasiones... Lo amé en vida con locura: ahora que está muerto lo venero”.

(Rumor de olas. Aleteo de una gaviota que alza vuelo y se aleja).

FUENTE: MANUELA SÁENZ: PAITA, A 10 DE AGOSTO DE 1850.

CARTA AL GENERAL DANIEL FLORENCIO O'LEARY.

Mientras ellos disparan, rugen, mienten

*A César Dávila Andrade,
in memoriam.*

I

Perseguido por la soledad y el desamparo, cultivó para sí la afirmación de Octavio Paz: “Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios”.

Para quien estaba lleno de amor, el amor le fue una “experiencia inaccesible”. De allí su decisión trágica, visión romántica del amor cristalizado: ruptura y catástrofe.

Acaso le escuché recitar —exultante y melancólico—: “No es extraño... que la sociedad persiga con el mismo encono al amor y a la poesía, su testimonio, y los arroje a la clandestinidad, a las afueras, al mundo turbio y confuso de lo prohibido, lo ridículo y lo anormal”. (Una cerveza para calmar la sed del alma, y agregar): “Y tampoco es extraño que amor y poesía estallen en formas extrañas y puras: un escándalo, un crimen, un poema: (Otra cerveza, mesero)... el corte umbilical con la vida para nacer en la muerte: resurrección del ser.

Desesperada búsqueda de la identidad de imaginación y pensamiento: quebrantamiento de una norma social. La palabra nombra y contiene: pone en movimiento la entidad que designa. La palabra, la oración, el verso crean: son significaciones a pesar de la realidad: saco de lugares comunes de la racionalidad que atropella cada fracción de vida. La existencia social determina la conciencia.

Vivimos en una mita. ¡Ay, dolor! (Enclaustrados por el pasado y el presente. Encadenados al futuro. Desamparados ante la muerte oficial). Más tiempo no es la eternidad. La unidad en ella. Escógela cuando quieras. Acostumbra tu amor por ella.

Nos clavarón en el espíritu que “nadie se puede salvar o condenar por su cuenta”. César adelantó su tiempo de salvación. Pero se condenó, para siempre —que es la eternidad— a levitar en el inescrutable, infernal, paradisiterrado laberinto de los poetas ¡ay, placer!

II

Hurguemos: “Tienen dos huecos de alma en la mirada”, “rumor veloz y negro de letrinas”, “pobladores de un mundo misterioso en el que el cielo es sólo un hoyo eterno”. Ciudad a oscuras ¿Cuenca, Guayaquil, Quito? De seguro la primera ciudad de su nacimiento, hasta siempre en la memoria—, muriéndose en las tres su nombre suyo, y él “detrás ya muerto y en tinieblas”. Desolada voz con apenas una veintena y otros años más.

De una a otra ciudad de su país, desvencijado, atormentado ya, emborrachado y triste, César vivencia soledades, posadas, bares y espectros por doquier, agravios paternos, amores imposibles.

A todas estas la palabra crece, como de una fuente las imágenes a borbotones, el entendimiento con la palabra, el símil, la hipérbole, la sinestesia, la metáfora.

Por igual escribir un poema para concursar, ganar un dinerillo, dejarlo en la registradora de un bar o en las manos

de un prestamista: “resuelve vida de hoy para estrujarte mañana”. ¿Se lo oí decir?

Después, con la amargura por delante, y enorme pena de creador, soltar riendas, abrir compuertas y escribir el poema que sólo escucharán él, la luna menguante, el vaso vuelto trizas por el suelo.

¿Por qué no me escuchas, Teresita, víspera del rocío, esta canción para ti?

III

A la “colegiala descalza” solicitarle “la raíz de la voz”, con sonido de laúd, y, en el pecho, el pecho quemante de materia estelar, “rotas las alas... comunión primera de la carne y el cielo”. Requerías del cuerpo, también de su ángel: dalia silenciosa, mariposa carmelita, turgente, delicada. A Teresita, garza, blanca dalia, así la requerías: “castidad del espectro, ... comunión primera de la carne y el cielo”. ¿Por qué a los 28 la necesitabas irreal, iluminada, guardando “los campos con escuadrillas de ángeles”? Ay, César, inusitado ¿por qué no la cobijaste con “alas de violeta”?

María Luisa te llamas María Augusta. Campesina —“pupilas color de té y de arenilla”—, mujer —“sagrada blancura de la nieve”—, “Rita de junco y capulí”, verso de Vallejo para escuchar de la rockola en un bar de mala muerte; innombrable instante, “perfecta como un surco”, al mismo tiempo nombre amado: Laura. ¡Ay Laura! En sus “perfectos ojos abril amanecía”. Quisiste besarla “íntegra como luna en el agua”. La canción es balada:

“¡Pienso en aquella tarde y me siento más solo!” ...

“Pienso en aquella tarde y no sé por qué lloro”.

El poeta confiesa: “Ya escribí tu carta. ¡Escrita con romero y pestañas azules./ Me cuentan que se ha muerto mi prima María Augusta./ Ahora que estoy lejos te diré: Yo la amaba./ Mi timidez de entonces me quebró las palabras!”.

El poema ordena: “Baja mañana a verla con un ramo de nardos,/ y recítale alguna oración impalpable”.

IV

Después, di que veinte años después, aferrado a la mujer-esposa, exploras el amor sin “fiesta especial”; reconocida mujer porque no deja cenizas y te protege de agravios, intrigas y reconvenciones, protectora de la “carreta cargada de cosas”, con la canción de la madre para su hijo, y la identificas, la integras para que no sea sombra de tu alma sino oleaje de amor... y olvido: “Madre, mujer y amiga”: en el abandono “rosa única”, aspiración de cielo, alcor de casa, “relojería de los astros” ante el rumor insoportable de “las calles devoradas por la multitud”. Aferrados tus brazos, por el miedo; aferrados los suyos a tu cuerpo, trémulo sauce llorón, para que una palabra y otra cruzaran sus sonidos en nombre de la Eternidad. Bienvenida, la noche, a cualquier hora, si el sueño se amurallaba alrededor del Fakir para contener delirios.

Innombrable el pecado, que el verso ocultó —¿por temor a quién?— en la “piel vagabunda”, culpable del amor y de las comisuras del ombligo y de la vulva, acaso luciérnaga, —terror de la memoria—, circuncisión en el coito que la culpa arrastrara de por vida en la maldita conciencia: “brillar el rostro de una muerta”. El amor, pecado original. ¡Cómo espantar el fantasma del demonio!: Infancia muerta. Encrucijada joven del destino; desvencijada imagen de las tres manos de Dios. La espina emplumada no te salvó, César, de las obsesiones ni de

los oscuros pedernales del alma atada al sortilegio del hijo de Judea.

Poeta inscripto en la garra celestial, que a sus años entregó la esperanza como si fuera “blanca lastimadura del porvenir”, dispuesta la existencia “hasta morir encantadoramente triste. Hasta el sueño, hasta el olvido, hasta otro día”.

Redención del pecado, sacrificio del amor.

V

Hurgo en la memoria, desolado amigo: el cuerpo enjuto y la soledad del alma. Angustiada celda. Apenas susurro, brisa apenas para decir de las penurias: no escribas nunca para sobrevivir, no sea que de ti se avergüence la palabra. No le pongas freno a la rebelión del espíritu. Confía en el capitán Acab: portador de la vida y de la muerte. Húndete en el océano con la ballena blanca. Ya aparecerá algún Ismael para contar el cuento. No consientas a Pavese... cuando te asalte presiona la respiración... Joven poeta: no demos larga a la cerveza. Ya aparecerán Adriano y Rodolfo, Ludo con su poiesis atravesada en la garganta, y el viejo Salvador —¡Qué nombre! Prometeo purificado por el baño turco, y con una enorme sedalón—. ¡Albricias!, con la primera orden de tragos el humor progresa en quien no tenía un resquicio de humor:

Yo soy etéreo, etílico y astral.

¿Ficciones, César, o tu voz que me dicta en esta noche de luna llena en el Caribe con una buena dosis de ron? Un suceso de abanicos: sopla la blanca espuma, silva es el viento, el poeta “encrespado de amor como un torrente”.

VI

Se trataba, César, de “abrir el umbral del corazón... la respiración presionada con fervor y anhelo”. Tal tu escritura. El tiempo media entre nosotros. No somos los de ayer, dice el guionista de hoy. Permanece la poesía, dices tú, allá, decimos nosotros, acá... Columbrados, sí, llenos de estupor.

La vigilia nos persigue, la irresistible invocación, consciente, o enarbolada en otra esfera, pues el corazón está en vela. Aún más, nuestros labios pronuncian la oración del ser en el sueño, en la duermevela, en el supremo instante de despertar... ¿Para qué?... Óyeme: aguardo la locura de sus delgadas piernas morenas entre mis dedos: es un decir; también es la creación, el dulce salivar. Orgasmo en toda estación.

De ti fue el paladar de Dios. De otros —¿cuáles?— y de nos, el innombrado gusto que al paladar no llega. De ti la ansiedad mística. De nos, la materia real que es el vértice, la encrucijada del amor. De Jesús la incertidumbre por dolor crucificado, que es el amor, desbaratadas las peñas, en espíritu y cuerpos resurreptos.

Ella permanece tendida. Aferrada a su almohada, a ríos por millares, desprovista de pasión. Tal la poesía si no se acurruca entre las manos para soltarla después con el aliento y la calentura insólita que el sol demora.

Alzo la copa, que es un vaso, para que cierre la noche, atravesado el pecho, no por ella, desperdiciada poesía, sino por el poema, siempre inacabado, del “anhelado sentido místico, poético y político de la unidad, la comunión y la solidaridad entre los hombres”... “sobre el hermoso rostro de la más pura electricidad”.

Ninguna búsqueda resiste el destierro del amor. Ninguna, César.

Y el amor está aquí, ahora mismo está aquí, en el medio de nuestros brazos, nunca en los solitarios, crucificados brazos que reclamaron su abandono. Aún más: el dolor resucita por amor. ¿Tal nuestra desgracia?...

VII

Trastabille el poema —¿por qué no la poesía con todo el escozor de Octavio Paz?— ¿Y qué importa? Tú, amante de la palabra, tantas veces —mucho menos que los endilgues de los críticos—, por requerimiento de significaciones «metafísicas». Entonces, César, para regocijo de Paz, privó «la jerarquía planetaria de la luz» o la «philokolia» —perdona mi ignorancia— mas no la poesía, ni el poema, la imagen sometida a los muros de una cripta. ¡Habías sentado la Belleza en tus rodillas! Te era amarga por falsaria. No revelaba cuanto querías decir. Tragedia en puertas. ¡Brujas de Temis, cegaron el portal de la luz! Oscuridad sin límites —¿Qué haces con el mayor de los primeros versos?: el hombre es eterno.

La mita una vez más: el hoyo “hoyo de nardo en la sonrisa”, “vestidura siempre hueca”, “huecos de alma en la mirada”, “hueco decimal”, “hueco tardío”, “hoyo que arde”, “hoyo eterno”.

Ángel abandonado, espina frontal, tuya fue la poesía, el ancestro del Boletín; tuya la desgraciada manera de escucharte-lúcido, lúcido más allá de toda lucidez; ebrio entre los ebrios de las más pura borrachera, tímido ojo azul de la mañana.

¡Que nadie se aferre a ti, que ningún poeta se parezca a ti, que ningún poeta dé voltereta a la vida como, a fin de cuentas, ni los dioses ni nosotros lo imaginamos para ti, ni ahora, ni nunca ni para nadie más!



LIBRO II



Jubilate deo

A Jesús Daniel Aray Rivas

Vives, Daniel.
De extraño amor inflamado vivirás.

Tal tus ojos apagados,
tal tus iris que los párpados,
a pesar de ti, Daniel, no quieren
abrigar.

Tal tus pies,
dispuestos para combatir,
plantados.

Tal tu mollera cerrada
por los cuatro costados,
exigiendo abrirse como flor de celidonia.

Te tocó, Daniel, tener que joderte
con el primer respiro,
abrirte paso,
encerrado en la jaula de la muerte,
que es de leones.
Oigo tus dolorosos ecos
—cadencias turbadas.
Es nuestra pena y nuestro alivio.

Comparte conmigo,
Ego sum panis vivus,
pues tú lo eres,
como yo su desperdicio.

Soportaré, el tiempo
por el Amor dispuesto,
para que redimas nuestra vida,
que es la tuya —ardiente llama.

Abrazo de postín.

Nadie te cortará la melena,
sometido como seas
a cualquier agravio condenado
por ser profeta y adalid.

Jubilate deo

Bienvenido con dolor, lo seas.

Memorial 1979

A Ramón Palomares, Alejandro Padrón, Antonin Artaud, María Inés Padrón, Hesnor Rivera, Emily Dickinson, Orlando Araujo, Ana Rita Tiberi, Marysabel Rivas Mora, Héctor Vera, Miguel —Micha— Szinetar, Lutecia, José Barroeta, Arnaldo Acosta Bello, Thiago de Mello, Álvaro Mutis, Jorge Gaitán Durán, José Pubén y J. Mario.

Llegamos demasiado tarde.

Aún así, en las noches sagradas navegamos de un lugar a otro,
con una bandada de poetas y otra tanto de alcatraces.

En el aire el trazo de algún pintor de águilas
montadas en el espejo de cuatro mil metros,
lacerado porque el morado pervierte el limpio cielo.

De más está decir —como lo quisiera la copa del poeta—
que no amamos a la mujer innominada.

Tampoco olfateamos flores en la madrugada,
ni otro diluvio que el de los afectos.

Memoria del crepúsculo que se nos perdió en la infancia.

Protesta el pintor con girones y avatares etílicos.
La noche pide más, dice. Talla sedalón de los aedas
—agrega Palomares con la curda en el entrecejo.

Temporada en el infierno.
El sueño recoge su murmullo. Brazos de mujer
le tienden un poncho. Calienteme de otra manera,
dice. Subiendo, subiendo, subiendo.

Carraspea Alejandro asomado a una ventana:
¿Qué es esta ciudad en la montaña,
que se agrieta y estalla en el aire violeta?

Como es preciso festejar con un trago,
pues es necesario permutar la terrible sed de la ternura,
digo, decimos, mujer innominada, poesía:
me eres necesaria al doblar cada esquina.

Que el desopilante Artaud aparezca
no es cuestión de invocación ni rosa cruz;
lamentamos que Lutecia no haga más caramelos,
sino poetas cuyas mejillas las gladiolas abotagan.

De allí que vengan truenos,
y la armoniosa nube suba al infinito.
¡Ay! de las negras flores que María Inés
cultiva en sus ojos. Virgen nocturna. Primigenia.

Federico convoca hijas del cielo
por si el viaje pareciera demasiado largo.

Para los bucares no hay viñedo, señor Hölderlin, sólo
el rumoroso oleaje de la navegación en un mar de copas,
encaramado como estamos, Sylvia,
nave que Hesnor no disputa a sus amigos.

Señora Emily, la sobriedad,
que a todos nos espera una mirada tarde,
déjela para otro día, aunque sea por primavera,
mas no esta noche de zumbido azul, para nosotros,
poetas de licor abierto, no para usted, bien amada,
naufragada y solitaria,
dentro.

Le doy un dato al oído: el furioso Orlando
se niega a besar sus labios de granito. Por Dios, que es así,
y así lo grita. Perdone su incompuesta. (Ya quisiera
pasearla un día de fiesta con pompa que ni él mismo
[se imagina,
él, que conoce de plazas, procesiones y cementerios).

El poema va para que ella, Ana Rita,
“no pierda nunca, no importa en qué mundo,
no importa en qué circunstancia, su infinita ala
de pájaro”,
y se eleve como un cáliz, y su pecho
sea de estilo greco-romano, antes que gótico o barroco;
y la axila un dulce césped con aroma propio,
como el de Mary, a quien el pudor del bautismo puso nombre.

No es de veras *El Cardenal* de Héctor.
¿Son de Micha las abluciones?

¿De quién más
sino de Pedro, irrepachablemente vestido

—pues ya no pretende asustar a sus hermanas—,
exigiendo orden en la rasca? A tal llamado Pepe retorna
del delirio: cuando regrese no tendré padre ni madre.

Arnaldo pierde la cordura: el amanecer se arquea,
como una rama se arquea. No siempre el crimen,
por lujuria, es una bella estación.

¡Qué de atrevimientos!
Nos van a memoriar la madre a los poetas.
¡Thiago!, la noche se convierte en selva densa...
Secreto desván con ayayay de pedregosa.
¡Álvaro! no haré mutis, porque nos acogerá la muerte
con todos los sueños intactos.

Duran los poetas, Jorge Gaitán,
culpables como estrellas, y declaro,
en nombre de ellos,
que de ningún ciudadano que se respete
obtendrán perdón.

Edmundo: no sé dónde estás, ni quién eres,
ni qué destino incierto o cierto tienes,
pero voy a quebrar la copa.

Nos falta el aire de los otros.
¡Aves del Paraíso!

Ya lo ves, José. Después de tanto navegar
nos descubrimos borrachos, en la barahunda
de la silva a la zona tórrida meridional.

Nos unimos a crepitar, como dice la J que Mario
raya en el techo del amor, nos unimos a edenizar,
y cantamos, a nuestra manera, claro, y es muy claro.

¡Qué cosa ésta un memorial de poetas
y de mujeres que el amor dispuso para ser amadas!

¡Qué cosa la de atravesar la madrugada
que tres millones de días permitieron
para que un desvariado nos recuerde
con lágrimas
entre cuatro paredes de una habitación de Hotel!

Es de madre, Javier

*A Javier Álvarez,
in memóriam.
A Tarik Souki.*

I

*E chi mi vede e non se n'innamora,
d'amor non avera mai intelletto.*

Guardó silencio para escudriñarme.
No te cautiva Beatriz —me dijo,
con el entusiasmo a flor de labio—,
sino Francesca. ¡Ay!... el amor sin lucha
es prosa arcaica, poesía pastoril...
Citó a Francisco de Sanctis, poeta —agregó—.

*E allora de ella amante y de Lancelot
por boca del divino Alighieri:
Quanti dolci pensier, quanto disio
Meno costoro al doloroso passo!*

Turbación del alma: ¿Quién es este poseso?
Che cosa fa?
Es Javier Álvarez —díjome Tarik—,
cinéfilo, fanático del amor y del delirio,
jinete virtuoso de Babieca y Rocinante.
(Desde entonces dispuesto el pecho mortal
de devoción movido).

II

Que alzaras copas por Vivaldi, importa un bolero.
Que encendieras cigarrillos, uno tras otro,
para consumir el adagio de Albinoni
y nostalgia suero y miel silvestre
presagiaba alegros, bienaventuranzas,
a pesar de questa vita cremada, enferma,
envilecida. (No se detenga, poeta,
no siempre el vacío está lleno de cenizas).

III

Multiplicador de panes,
Támesis y Albarregas, guárdate
tus últimas lecturas del *American Cinematographer*,
que pasado mañana sus noticias estarán empolvadas
por un nuevo aire estremecido.

De la ilusión queda el curso,
pues de las aguas el sumidero del océano,
la inagotable fuente.
Por siempre el amasijo en nuestras manos,
tus manos.

IV

Amigo, Francesa está viva,
es humana, frágilmente terrena.
Igual puedo decirte de la belleza,
ahora en tu cuerpo entumecida.

V

Allegro y adagio en dos bandas
para hacer la mezcla, con la insobornable
de los afectos verdaderos,
porque es de madre, Javier, es de madre
el sonido del corazón.

En la diana del pecho

*A Efraín Hurtado,
una vez más.*

Aquella mañana del veintiséis fue a buscarle.
Comprendió la visita.
Sintió náusea y se levantó.
A saltos, con apresurados pasos.
¡Ay! de esta pierna de mierda
—acaso dijo— pierna cómplice
de su “celaje de lechuza frente a la cabecera”.

¡Cómo deseaba sacudírsela!
Al igual que Rómulo, su hermano.
Al igual que todos, por el lado del corazón.

¡Ay! de la pijama.
¿Decidió o no quitársela, pues apremiaba el tiempo
en su ácida lucha contra la innombrable?
que espantó muchas noches
(bamboleando la hamaca, tarareando a Lucho Gatica
para que el reloj no marcara las horas),
con la adarga sin dolor atravesada,
pues era de rigor Barthes, el mínimo lobby
del Hotel Novelty, o el empecinado ardor
de acicatear a Rocinante, aunque doliera
en las entrañas aludir a los entrañables
encaramados sobre una Babieca
que no era la del Cid.

Decidió entender la pejiquera
que apostaba contra él. ¡Ay! a favor de la parca,
esa bicha que le hundía en el sueño mayor.

¿Ponerla a su lado, después del vómito,
 en medio de los accesos con babear de bilis?
 ¿Resaca después de una aguardamentasón?

Tampoco eran culpables Foucault,
 Saussure ni Goldmand.
 Mucho menos Godelier. ¿Acaso Althusser? Pero no...
 Era Rómulo. Esos bichitos de los genes metidos
 en la familia unos de San Juan, otros de Calabozo—
 para descalabrarle la existencia a todos,
 la de transayer, la de ayer no más,
 la de ahora mismo.

Ya en la puerta miró al balcón:
 en blanco y negro perseguidores y desesperas.
 Para no romper el hábito ¡ay! qué dolor,
 se devolvió a recoger el saco.
 ¿Proust? Tiempo perdido.
 ¡Ay! con la malhadada mesticia.

(Tu n'est pas un ange)

No escuchó el portazo, tan delicado como era.
 Caminó para buscar un taxi.
 Intentó dialogar con ella, la mismísima,
 metida en su aorticular:
 Nada quiso; ella apremiaba por él.
 Alcanzó a sonreír, recogido el ceño
 tan pocas veces puesto a prueba.

En su monte lejos la calle,
 entre los ramales,
 por nombre Casanova.

“Me martirizas tiempo”
 le escuchó el chicuaco;
 al hospital universitario, amigo,
 musitado apenas,
 como ventolina
 aguzó el taxista.
 ¡Ay! Se le metía allí,
 en la diana del pecho.
 “Callado susurro”.

Claro que llegó al hospital, a su Universidad.
~~Esper~~ere allí, profesor —le dijeron.

Cruzó las manos sobre el pecho,
 terrenal piedroso.

Raspó los dientes:
 El fundillo de la enfermera apenas latía.
 ¡Ay, amor!

Decidió encorbarse, abrazar sus rodillas,
 apagar oído a los latidos,
 y a la maldita escucharla.

*Pase señora de las sábanas
 pase
 extiéndase por estos corredores
 silbe en penachos de palmas
 en boquetes del techo
 calmo murmure en cruces de compuertas
 para escuchar su eco arrastrarse
 en las tablas de atrás.*

Ove e la morte, ove la morte mia?

*Para Arnaldo Acosta Bello
y sus amigos*

Di noi

para Arnaldo

...non ha 'l mondo che 'l mal pareggi

No hay en el mundo quien mi dolor iguale.

Ni mar más amargo que la vida.

Por fortuna la muerte pasa
cerrándonos los ojos.

¿Entre cenizas cristaliza la vida?

Llegó el otoño. Déjole al sol su suerte
oscura, su clara razón; al agua déjole
su cuerpo fugaz, a la tierra su martillo
espeso, al fuego su externo extravío.

Cobró el cuervo. ¿Finalizó la fiesta?
“Ingrávido final sin fin de siempre”.

Aún así, lleno de polvo y huesos,
“Sesenta patadas sobre la puerta
no sirven para derribar una vida
si bien necesita ocultarse
hundirse en el silencio para sentir
la semilla, tiene sin embargo
la certidumbre de ver en la oscuridad
oír los pasos que la persiguen”.
La nuca enciende su adagio:
“Igual que el agua conoce
el frío de la tierra, las piedras

de un sol iluminan al enemigo
 escriben con sangre el epílogo
 la última página de una vida
 que tuvo por apodo donarla”.

Un sombrío estuario arrastra
 en silencio las aguas de nuestros sueños.
 “Una legión de héroes ha perdido
 los brazos, han extraviado la brújula,
 es como si sus ojos flotaran en el océano”.

¿Recogerán el cristal de la poesía:
 alba de oro en la negra noche humana?

Romperá con furia la niebla, responde Betania.
 Orgullo de ver de nuevo el mundo
 dicen Pepe Barroeta, Alberto, Solange,
 Jesús Enrique Guédez, Puerto de Nutrias,
 Ángel Eduardo, Sanoja y Cadenas.
 Pregonan —*ésotto voce?*— Lancini, Samuel
 —donde quiera *qui parle*—, Jacobo Borges, Raiza
 y Pedro, Barinas y Camaguán, el estero y su verano.

Tú, Arnaldo, y Tarik, semana santa en el Valle
 —quemazón de la memoria, afilado puñal
 de los recuerdos sin sábado de gloria
 ni domingo de resurrección.
 El oscuro pámpano entabado, los balleneros
 de Achab, “el beso que encontró en el aire
 la sangre de una rosa, el pájaro de plumas
 imposibles”.

Betania como una flor escarlata:
 “Te espero en la resina iluminada del ciruelo
 tallando con mi pincel unos círculos hondos

en su tallo. No tardes, o te iré a buscar
con todo mi amor, que hoy no respeta,
no puede respetar”.

Arnaldo, Longaria, avaro sueño.
Comienzas pronto. No más Creta,
no más Laura ni Petrarca
“ni vino amargo ni agosto un mes negro
cortado como el trébol”.

Engendre lilas la tierra yerta.
“Nadie quebrará la flor ni cerrará piel
y pezuña en las lechugas, ni regará
estiércol negro en el aire dorado
ni hundirá cerdas de inacabable tormento”.

El pie de la sota junta copas y bastos,
tristezas, alegrías, oros, espadas,
viejas ramas en ciernes.
Comienzas pronto,
poeta de la tabla redonda.
As de corazón.

Muro, pared, tapia, humilde eternidad

A Zamira

Muro, pared, tapia, humilde eternidad,
broquel de la existencia venida a menos
pues la vida sin plural pareciera no serla.

Pared, superficie plana y alta que forman
las mieses —¿herbal?, ¿greña?— cuando están
crecidas si sucede primavera.

Desventura del viento, apagada perfección.
No te sabes solitaria ni sosegada forma.
Permaneces como la blancura de los ojos

en el rostro homicida: desorbitado fulgor.
Piedra seca no da ruido de agua. No lo da.
Que nadie la culpe de su mal entendimiento.

¿Somos cara lateral o superficie de un cuerpo
que perdió su latido en el instante de su engendro?
¿Pared de piedra seca? ¿Nostalgia, recóndito penar?

En tu comienzo está el fin, tierra vertical baldía.
Te levantan, te desmoronan, te destruyen: génesis
del apocalipsis, abandonado cimiento de la muerte.

Dígame que en tu piel se acurruca la niebla.
Que el artista te recoge, te guinda en la pared
para que vivas yerta, viva, yerma, paredaña.

Dígame que se cayeron los muros de la prisión
para que Roque Dalton enfrentara a la muerte

en la selva que entonces llamaban libertaria.
Dígase que La Habana no es muro, es malecón,
batir de olas, piedrerío de la mar, costumbre
de mirar azules, promontorio de mujer, alto declive.
Dígase que Othón Blanco artista, metido en escena,
arranca el hastío de los muros desnudísimos
pintados pálidamente, penetrados por el tiempo.

Toda ciudad es un muro, toda vida, toda muerte.

Uscisti da quel fiume

De Fernando Birri

Lentamente, la nieve.

Compiten el rinoceronte, la garza, la mariposa,
la flor de jade, ¡ay!, el destino, el oasis, la muerte.

Portal antes de las erosiones:

una zarabanda de huesos

—soledad— pues pasó el viento, aunque dorado, pasó,
como el tiempo solitario pasó, como el amor de dos,
ritual mayor de la existencia, como aquellas y el viento
separadas.

Introito. (*Ad te levévi animan meam*. —Hacia ti elevo
mi espíritu—). *Non erubescam*. Que no me vean
sonrojado. Solícita acaso. Decantada oración para que
inmóvil dure el alba, y haya que quemar
las palabras.

No sin temor se confiesa:

después del ardor las tinieblas,
mientras giran los astros “a lo lejos”. Apenas
su estelar sonido. O el del agua, que se derrama
siempre.

Terreño, humano, tecnológico para estrechar
distancias: el timbre del teléfono: del poeta su voz:
estoy aquí. Advenimiento. Música secreta
del universo.

Rosa clandestina. Encadenado amor.

Solitudine que increpa al olvido.
¿A la esperanza en Ninguna Parte?

Aún así permanece la memoria, a cualquier edad:
voz sola en la enredadera de ayer, y su incumplida
promesa, reclamada por los sueños, los delirios
y sus truenos de carne y hueso.
¡Ay! No es ningún desconocido quien habita
la escarpada montaña encarnada,
las estaciones del año,
il tempo que germina del alba a la blanca vestidura
para celebrar la poesía. Ahogado, sí, por las lágrimas
redivivo en la sonrisa, en los sabios ojos luminosos:
“vastedad plácida”.

Sombrero de alas muy anchas, desparramado
el corazón, una bufanda apretada al cuello
para que pase el viento, que es el tiempo:
¡Discurra el amor junto a las serenas dunas del olvido!

En Roma el otoño nos espera

*A Elina Couput,
In memoriam*

En Roma el otoño
nos espera

Cálamo ocurrente

I

Dura, nada terrosa,
en mi país clavada por compacta
y metálica.
Granizo un 19 de septiembre,
del bus bajando en la calle de un navegante.
Acaso
uvas verdes, Campari,
una muchacha que ahora tendrá
cuarentaicinco encima, a punto
de ser abuela, para aquel
fervorosa mujer de primavera.

Piedra,
pedernal de las armas de chispar,
parecida al recuerdo. Mujer
de recogido esplendor, metida en viajes
como en pinturas, lejana y próxima,
por afán seducida.

Amoladora. Alumbra. Sillar. Bezo.
Piedra negra —así te llamábamos
en el viejo lugar de la inocencia.

II

Calamita. Cálamo, ciega mujer que
 esperó treinta años para que en un cuarto
 de hotel, dígame posada,
 vagina preciosa, transparencia pura,
 porque de él, y si no de nadie:
 voto de castidad en mi cuerpo derramado.

Mujer, pedernal,
 bambuco, flor del campo, rumor de serenata,
 piedra de escándalo en la primera desposada
 pues se le ocurrió abrir una guantera
 y poner en el intermedio de sus ojos
 muchas cartas de amor.

Mujer,
 calcedonia con dendritas,
 alas de colibrí, espuma de mar.

III

Corren muchos años, o pocos menos,
 o muchos más, y aún así, pues es así,
 fulminan calles de Amsterdam, ejidos
 de Gante, medioevo, cerrado párpado;
 Amberes, apagado fulgor y desencuentro;
 Brujas resurrecta, porque eran de ver
 entrelazadas en tu cuerpo y el mío.

Bondad de piernas la tuya,
 malicia del corazón la mía.

Remordimiento a gotas, pesadumbre.

IV

Del corazón hiciste mengua,
 de tus ojos fuente de tristeza,
 de tus muslos parajes de yeso.
 Se enredó la vida entre almohadones
 y cobijas, que el ardor quería mezcla
 de alumbre, vitriolo azul,
 fango, nitro y alcanfor. Colirio
 de alquimista para el ojo único
 hundido entre tus piernas.
 Sábana, sedal,
 carpa de circo, melancolía de payaso,
 lagrimal.
 Culpables para siempre El Bosco,
 un maniquí de carne y huesos verdaderos.
 En blanco y negro la penuria.

V

Se anunció el Tirreno.
 Lorena desperdiciaba sus riberas,
 agua fresca, solitario raudal.
 Pío Baldelli y Fernando Birri
 hurgando en las cuatro estaciones,
 tú y yo, septiembre con olor a primavera.

De tal registro,
 otro tanto después, cambio de soles,
 Albinoni en una cervecería de París
 alledaña, por decir, a una habitación
 de once francos, baño en el corredor
 y muchas mieses en la viña
 de noventaicinco escalones que nos conducen

—ahora mismo nos conducen—,
de lagar en lagar, así creíamos,
hasta el viñedo que quisimos abandonar.

VI

Un café de parejas hacía de las suyas,
opus siete, segundo movimiento,
réquiem que presentimos de nuestro ardor.

Nos llenamos de penumbras, cierto.
Con el corazón encogido, mucho más.
Como si la vida se acabara.

Desde entonces, como si fuera por azar,
en cualquier parte,
se atraviesa la memoria y corren lágrimas.

Mujer, sumiso aparejo, palmeada serpentina,
recóndita Elina, volcánica, esponjosa,
del tiempo y del río son tus aguas.
Del medioevo, indescifrable amor.

(Suenan a lugar común los estambres
—hilos de atar el corazón).

VII

Mujer, canto rodado, peña viva, voladora.
Mi edad gira alrededor del alfarje.
Déjame quererte a piedra y lodo.

Nos queda nada a no ser la eternidad,
del amor primera piedra.

El otoño espera.
 En Roma sexagenario espera,
 a pesar del granizo y pronto invierno,
 y de los tantos bien cumplidos.

VIII

Piedra serás
 Piedra de amor crucificada.

Así lo cuentan, desde ahora,
 Siena, porvenir del Giotto,
 Peruggia, por el amor desguarnecida,
 Roma y su revés insospechado.

Mujer,
 pedernal clavado hasta el último suspiro.

Calamita, somos vórtice,
 piedra del camino, sillar a toda prueba.

IX

Mi memoria —seco declive—,
 despliega tu imagen de uno a otro confin:
 delicada fuga de árboles y viento.

Granizo del amor, irremediable.

En Roma el otoño nos espera.

Palabra de mujer

*Ni tú eres Arthur Dimmesdale, ni yo
Hester Prynne ¡Gracias a Dios!*

*Aún así, alguna vez
de la eternidad fuimos parejas.*

Dalia Santiago

*A Jorge Cedrón y Edgardo Pallero.
A Gonzalo Castellanos.
A Fernando Pino Solanas.*

Estos versos con aire de bandoneón.

A Dalia Santiago, empedernida flor.

A Edmundo Aray.

A todos ellos, con el corazón y su memoria.

La flor que nunca podrás reproducir

Que me ofrecieras Villas y Castillos para esperar la madrugada;
que la misma se diera con jardines improvisados,
y tus dedos revoloteando, entrando, decidiendo
las viñas de mi copa tan amada en el Trastevere;

que lleno de amor se te aflojara porque ron, aguakina y soda
hicieran su trabajo junto a mis cuentos de Estambul,
ciudad privilegiada en mis recuerdos;

que tus malditas imperfecciones de dirigente sin compromiso,
entreverado y posesivo, buscaran en mi cuerpo anegado
[por ti
algún síntoma de perfección o improvisado estupor;

que antes descolgaras la hamaca para ocultar nuestros cuerpos
o cuidarnos de una pulmonía —así decías una y otra vez
con tus ojos en otro lugar del hemisferio;

que fracasaras —así lo afirmo—, pues requerías más de ti,
y me pidieras perdón como a la Virgen María
en tus horas de Colegio que nunca debiste abandonar;

que después platicaras del amor como si fuese el Verbo,
el comienzo de la creación, regadas las perlas del Cantar
de los Cantares y sus límpidas ovejas, y mi cuello
de no-me-olvides, y espérame cien años;

que derramado el fermento delirante me dijeras, *así nomás*,
debes irte al trabajo, vestirse como puedas, despejar
toda huella y recibir la mañana —para entonces mediodía—
pues los niños se despiertan y nos verán como no debe de ser;

que después pienses en mí mientras anudas tu corbata
para salir como un desaforado buscando té jazmín,
o cualquier pastilla que te aliviara la hipocondría;

que de una u otra manera creyera en ti, y repitieras
la fórmula de la primera vez, y en peores condiciones
—apenas si llegaste a besar mis dedos, entre gritos
y susurros—;

que no sólo después te anunciaras con bombos y platillos
—una pintura, una flor, una tarjeta de ioh abandonado!—;

que te alzaras contra viento y marea un Domingo de toque
de queda, porque la vida no importa si no me amas;

que después de tanto, que es mucho, pidas perdón
por tus pecados, me digas cualquier cosa a la manera de Buster
Keaton, voltees a mirar como si no existiera, ni mi sagrado
corazón pensaras, ni carta escribieras
como este poema
que tú y yo hemos logrado contar.

Para siempre tuya, inabordable
la flor que nunca podrás reproducir.

Palabra de mujer

I

A partir del orzuelo que te niegas a aceptar
 pues no es sino un antojo sanguíneo, imprevisto,
 malhadado recuerdo de la infancia, innoble furúnculo
 de tus primeros años de universidad, reiniciamos
 un encuentro que tú presentías navegación de altura,
 tal la impaciencia sin límites que preguntaba la hora de zarpar,
 que así me lo decían tus ojos de turista por tercera vez.

Tararear un tango a medianoche
 y hablar de tu alma de bandoneón fueron un mismo arrebato.
 Acaso te sintieras sobreseído, y ningún amanecer
 resiste a Gardel y su nervadura de afectos
 con la copa vacía de una y la copa a medias del otro,
 mediando, por demás, la famosa entonces,
 desprestigiada ahora, angustia existencial.

Cada vez que me levantaba a servir un trago
 para acompañar tus penas, tu mirada castigaba
 mis nalgas de cubana con más de treinta,
 pues la antropología no se puede negar.
 ¡Vaya usted a saber, caballero, cuánta confusión la mía,
 y cuánto desvarío el tuyo! En todo caso,
 la cocina se anegó de amor: Mamá vieja oíste
 para que se acuerde de ti. A Barbarito Diez
 porque las perlas de mi boca sin tus besos
 no son nada.

Así sonaba el son del corazón. Del tuyo,
 que no era mío, aunque el mío sonaba por ti.
 Hablaste de Ignacio Piñeiro y de una noche

de concierto dedicada a ti. (¡Cómo gustas
que te quieran aunque protestes con sonrojos
y palabras de tartamudo por amor consumido!)

Claro que estuve a punto de embarcar
pero recordé a Ismael, el del *Pequod* y la ballena blanca,
y me abstuve a tiempo para contar el cuento.

Tengo por navegación la vida.
Palabra de mujer.

(Paréntesis)

A todas estas mi padre duerme sus 50 años.
(Es mucho menor que tú).
Sueña su aldea natal de Artemisa.
Sonríe al abuelo, proyccionista ambulante,
que contaba la misma película
según el estado de su humor.

Alguna vez me dijo —al igual que tú—:
la muerte se nos viene encima
sin pedir permiso.

II

¿Si te dijera —como quiero decirte—
ven y abrázate estrechamente a mí,
de qué flor te pondrías?

¿Qué tú dices? ¿De mi orzuelo qué dices?
¿Del tuyo qué? No ocultes que miras
de izquierda a derecha mi ojo izquierdo
—como si panearas con una cámara súper ocho—,

el párpado que aletea a la manera de mi corazón,
 mi inútil pudor de quien hace rato
 dejó pasear sus dedos por la orilla de mi copa;
 el bienestar de mis piernas, mi oculto pedestal
 de mujer con mucha cancha apostada en un alcor.
 ¿Acaso te dicen más —pasión desvencijada—,
 los ojos azules de la muchacha belga
 con cuello de jazmín, y no de amaranto como alguna vez
 dijiste que era el mío? ¿Qué te dicen, di?
 No me escuchas, por supuesto. Ya se te fue la vista
 por mis uñas carmelitas y mi cuerpo de muchacho
 que en blanco y negro guinda en la pared.

No creas que me llenarás de celos.
 Amo toda circunstancia de amor.
 Ni creas tampoco que crecerá mi orzuelo
 porque te salió en ganas contarme
 tu emocionado proyecto
 de registrar la historia de Sardio en video,
 y dirigido por ti con el crédito de realizador
 ¿Por qué no la de Tabla Redonda?

¿Y de tus balleneros, qué?
 ¿Acaso quedaron a la intemperie,
 y sin arpón?

¡Ay! La madrugada suena a desperdicio.

III

¿Nos bañaremos alguna vez en el Leteo?
 ¿Beberán nuestras bocas el néctar del Nepente,
 disipador de penas?

De París y Elina queda Albinoni.
 De la primerísima noche en Génova: una calle,
 un farol, un taxi, la piazza Andrea Doria;
 ella, inusitada, con un pie en la acera
 y su boca en tu boca de amante prematuro.
 No reclamo tu lengua en su cuello,
 mientras Aristo y su amante preguntaban
 por el tiempo de tierna lujuria entre ella y tú;
 ni protesto por los caramelos que en nombre
 de Miguel Ángel compartiste en la cama
 porque *Leyendas de Guatemala* tenían que ver
 con el desorden del amor.
 Protesto, sí, porque, de alguna manera, pretendes negar
 mis estaciones de uno a otro confín de Italia con el mío
 —sino parecido a ti, mejor que tú—.

Vivo de su alegría.

IV

Ni tú eres Arthur Dimmesdale, ni yo
 Hester Prynne ¡Gracias a Dios!

Insisto, a pesar de la mañana, del río Albarregas,
 de la mujer que quisieras ver aparecer.

No han podido seducirme ni el bandoneón del exilio
 de Gardel, ni tu modo de arcoíris para nombrar
 al Pino Solanas y al muy fiero Edgardo Pallero,
 ni tu navegación de la nostalgia en nombre de los dos.
 Tampoco los versos de Vallejo tirados al azar
 ni tu desencajada ignorancia de *La dama de las camelias*.
 Aunque tomes en serio, como si de un trago de vodka
 se tratara, el desconcierto de mi amor por ti,

y en su debido instante mi disposición por ti,
 defiende la sobrevida de mi exquisito lugar
 más abajo de mi cintura, no por lo que puedas deshacer
 ni por tus ajetreos de ave de presa alucinada,
 aunque no haya en tu corazón “crueldad suficiente
 para rozar el ala de una mariposa”.

Sin mis piernas el mundo no tiene sustento.

Emparamada, delicada flor inmortal mientras viva.

V

Cantan los gallos.

Se me ocurre solicitarte un poema,
 y dices: “Edmundo, hombre de pena, te basta una ilusión
 para darte coraje”. De inmediato de espaldas murmuras:
 entre Ungaretti y yo, medias tú. Me conmuevo,
 me nublo como un remordimiento, me quiebro
 como una adolescente, danzo como una tela,
 me digo no creas tanto en ti como en mí,
 ni me ames tanto a mí como a ti,
 ni de Rilke hables como si fueras tú,
 ni de Rimbaud digas como si fuera yo.

Olvídate de los Cedrón y los Solanas y los Pallero.

No más tango para encender las hogueras más altas
 ni para lagrimear sin ton ni son
 por Gonzalo, quien se quedó en una bañera
 con las galerías de Bellas Artes en su entrecejo
 y el vestido de novia que Alicia
 siempre quiso encaramarse.

Tú miras hacia atrás. Deja de contemplar mis nalgas
cada vez que me sirvo un trago.

Mírame sin requiebro ni letra escarlata en el pecho.
Acepta de una vez que te hago falta
para esperar la madrugada y entenderte con unos
y otras, todos parecidos a mí, para siempre tuyos
como la flor que nunca podrás reproducir.

Si vienes a buscarme

I

Si vienes a buscarme es bien que no me halles.
 Desciende al lugar donde envejece nuestra muerte.
 No insistas, para tu lengua mi cuerpo está reseco.

¿Porque el ardor te pica, me quieres ahora acerar?

Conviértete en leño abandonado
 bajo la mirada fría de las constelaciones.

No insistas. Soy una mujer a la que hombres
 como tú no le permitieron entrar al Paraíso.
 Aún así devoré muchas veces mi flor desamparada,
 consumí de raíz la raíz de la mandrágora,
 y en la noche arranqué gemidos a los astros.

II

¿Te condenas a repasar mis besos de ayer
 como el coleccionista su álbum de mariposas?

¿Qué por vida mi cuerpo es vida de tu cuerpo?!

Para tu infortunio, cada amanecer en la soledad
 de tu alcoba me oirás avanzar sobre la última estrella
 empapada por la saliva del amor.
 Nunca me verás llegar. Siempre me sentirás partir.

En la humedad de tus sábanas te calcinarás,
 pues nadie podrá extinguir las dalias de tu ardor.
 Cuchillo de pared clavado en el cuerpo del aire.

Consumat nullo tempore tempus edax.

Estoy encaramada sobre la vida

Sabré de ti porque sueñas en voz alta,
—aspiración del cielo.

No creo en la mitología de las apariciones.
La desventurada rosa que en tu jardín creció,
ya no es tu rosa. ¡Palabra de mujer!

Nos une el arco del cielo

Nos une el arco del cielo. Nunca su cuerda
ni alguna vez su flecha. Espacio entre tú y yo.

Somos, después de todo, una mesa de billar,
dos jugadores de postín, ataúd y embeleco,
una rockola a voluntad, y la tiza embadurnada.
Me importa un pito tu nostalgia de los Beatles.
Mucho menos el trino alado del Beny Moré;
gimiendo tristes y volando graves:
en tu viejo repertorio candor primero.

Que el agravio no te obligue a preguntar
si las voces y canciones de mi infancia
se injertaron en mí lamiendo flores.
No seas abusador ni en mis amarguras te metas.
El poema se hizo y ahora yo lo escribo.

Por lo demás, te habrás dado cuenta,
a pesar de tu pasión hasta el penúltimo beso,
que —y va en nombre de mi soledad arrinconada—,
quien domina la situación soy yo, amaranto
alguna vez, desmadrada hoja de acanto, en otra,
perentorio clavel cuando menos. De nada
valdrán tus mañas de seductor envejecido.

Estoy encaramada sobre la vida.
Reniego de ti porque a pesar de mí
cuando lo requiera dispondré de ti

Palabra de mujer.

El día necesita de la noche

¿Cuando las leyes del juego no se respetan
una puede salirse del juego?

No protesto tu diligencia. Reclamo que me uses
en nombre de lo que llamas pretexto literario,
laberinto del lenguaje, endemoniada necesidad
de la palabra.

A ti te examina el vuelo, a mí la experiencia
del amor y su incordura, la vida por la vida
consumida: ¿es de noble presa pena doble?

El poema sustancia y tú adjetivas.
El amor propone y tú dispones.
El poema crea y a gustar convida.
Tú me recreas y desusas, tal tu desvergonzado
modo de abordar mi cuerpo y alma de mujer.

Mitología de urdimbre cotidiana,
afán sin recato, enconada euforia y pesadumbre:
el Amor es imagen y tú metáfora.

Cuando tú miras la corteza del árbol,
el poema contempla la hoja que no cae.
En mi cuerpo astro de lucientes giros,
en el tuyo despoblada geografía.

Aún así llámame sin la ll, y a cualquier hora.
Te requiero tanto como a...
¡Qué cosa más grande, caballero!

Usúrpame como si fuera un libro sin autor.

Aprended, flores, en mí

Maldito pájaro voluptuoso, arbolado secreto,
silicio de mis partes bellas, agotado farol,
resucitarás una vez más entre mis brazos.

¿Mi corazón se partirá por ti como la piedra
del sepulcro?

Ascenderemos tú y yo al vórtice de la tierra:

para nuestra empedernida flor
único lugar del Universo.

Pájaro

*A Gertrude Stein,
in memoriam*

I

Los pinos estremecen el aire,
la ventana entreabierta,
los torsos desgarrados de mis lienzos.

(Decidí abandonarlos contra la pared).

Gritos, chirridos, silencios,
puertas que se abren y se cierran.

¿Quién escucha el escalofrío de mi cuerpo?

Una hoja de bucare busca su brisa,
el frío olor de la neblina.

En la hornilla reverbera el agua de tilo.

Nada más.

II

Tocan a la puerta
Es él.
Seguramente es él.

Suena el timbre una y otra vez.
Sólo él.

¿De qué me servirá apagar
el día que me quieras
si mi pecho es tecla de bandoneón?

III

¿En algún lugar del mundo
bermeja será una flor,
como ahora yo
de la cabeza a los pies?

¿En algún lugar una mujer
generosa y dispuesta como yo?

IV

¡Qué no hierva el tilo
ni crujan los torsos
ni se oiga el silencio!

V

Claro que es él.
¿Qué hará de mis pantuflas?
¿De mi pantalón abotonado?
¿De mis estremecimientos, qué hará?

¿De sus brazos entumecidos,
de su edad sin porvenir?

VI

Basta de silencios, digo,
basta de chirridos y de lluvia.

Óigase a su puño sobre la puerta
y su dedo sobre el timbre. ¡Óigase!

Que espere y murmure:
“traigo el corazón emparamado”.

(Paréntesis)

(Recógete el pelo como salida del baño,
alísalo para que se parezca a tu cuello,
deja húmedo tu cuerpo para que semeje la madrugada)

No te va bien el acrílico en las uñas.
Tampoco el pantalón de cuadros
que algún día odiarás.

Pregúntale a tu alcoba si existe el Paraíso.

VII

Asoman sus ojos transparentes,
que son de nube, que son de alivio

(Su ala desconsolada es mi vuelo).

Asoman el beso desbaratado,
su lengua y mi lengua
por el pino y el mundo enardecidas...

¡Ay de las puertas y ventanas!

¡Ay de mi blanca vestidura
que el azar propuso!

¡Ay de mi boca pesadumbre!
 ¡Ay de mis ojos malva real!

¡Ay de mis pinturas,
 del único torso desolado!

VIII

¿Es una flechera su lengua?

Claro que es una flechera.
 Por su proa mi ombligo pierde sus riberas.

¡Qué modo de estrujar mis arenas!
 Se rajaron mis lienzos,
 volviéronse añicos mis pinturas.

(El apartamento tiembla de placer).

IX

¡Ay de mi cintura y la suya! Gran tumulto.
 ¡Ay de mis nalgas estrujadas, recogidas,
 dilatadas, definitivamente arponadas!

¡Ay de mis lágrimas rociadas en la tarde!
 ¡Ay del suplicio y su alegría!

X

Gustó de zanahorias y frituras.

Cada cierto tiempo, aceitunas y cerveza.
 Con el arroz, el aceite de oliva portugués.
 ...poeira doce a flor de espuma...

No dejó de vagar en la neblina
mientras mordía raíces de coliflor.

XI

Volvióse brisa
en el umbral de mi cuello.

Volvióse tierra de girasoles,
así de fresca su respiración.

Desgajó su mano entre mis piernas
como una magnolia.
¡Ay sí, como una magnolia!

¿De qué olor es la nostalgia?

XII

Toda luz vertida fue.

XIII

El aire quieto,
su cadencia.

Apagada la cerilla.

En la taza vacía, ajeno y miel.

Sobre el espejo, marchita,
una magnolia.
El lienzo se sostiene apenas.

XIV

No me dejes, Amor,
el corazón emparamado.

XV

¡Ay!

Febrero, valle alliegro de lágrimas

I

*Mi memoria está cubierta de cabezas de muertos.
No está cubierta de nenúfares.
En mi memoria hay lagunas.
No hay ropas de mujeres tendidas en sus riberas.
Mi memoria está rodeada de sangre.
Tiene un cinto de cadáveres.*

Así es, Aimé.

II

Hablo de mi ciudad
Donde los ojos se llenan de lágrimas.
Ciudad rosa de monopolio,
casa de carnes,
caja de entierro colectivo.

III

Los días lucen desterrados
afirmó Rafael.
¿Palabra del arcángel?
Colgado de garfios sucios como un ternero
—se alcanzó a sentir.

¿Al menos nos llegó a mirar?

IV

Ninguna promesa basta para saciar el hambre.
Palabra de Dios.

V

*Hasta cuándo seguir gritando a esta gente
Que el rey y la reina yacen bajo la tierra
Hasta cuándo seguir gritando que no cedo en hipoteca mis sueños*

*Hasta cuándo seguir gritando que soy incorregible
Hasta cuándo seguir gritando que no reniego de mis actos
Hasta cuándo seguir gritando que nada de lo que tengo
está en venta ni quiero que ningún imbécil corte la soga
Hasta cuándo seguir gritando que cumplo mis deberes en la tormenta
Hasta cuándo seguir gritando que no exijo futuro
Hasta cuándo seguir gritando a esta gente que me son despreciables*

*Hasta cuándo seguir gritando que estoy
con los que no tienen razón porque la tienen a mares llenos
Hasta cuándo seguir gritando que jamás abandonaré mi capa de
[insurgente
Hasta cuándo si desde siempre mis cartas están sobre la mesa.*

PALABRA DEL CHINO VALERA

VI

*El empresario ha cubierto el cielo con un paraguas ha hecho
del mundo
un lugar apto para un crimen ha reducido increíblemente
a los hombres
al tamaño de una bala*

*más valdría hacer algo, te digo
 dispararlos, remover los escombros para buscar una salida
 olvidar todo propósito inconcebible
 y constituir la felicidad a cualquier precio
 y del modo más inmediato con tablas de toda ley de todo naufragio
 de toda ferocidad para tener sobre qué morir el día venidero
 y adaptar esa muerte a un fin necesario hecho a su propia medida
 reducir la dicha a términos humanos como mueble
 que entra por casa de pobre
 y crearla en nombre de todos
 por todos los medios que estén a la vista por los medios lícitos
 e ilícitos por medio del bien y por medio del mal
 utilizando todos los métodos,
 los métodos pacíficos y los métodos bélicos
 por los métodos más violentos incluyendo el suicidio*

PALABRA DE JUAN CALZADILLA

VII

Salimos de todos los agujeros de la ciudad.
 Nos convocó el hambre.
 ¿Tal como el cielo infinito?
 ¿La fealdad acaso colocada en nuestras piernas?

Dijimos febrero es un mes tan cruel
 como cualquier otro.
 ¡Que engendre lilas de la tierra yerta!

Marejada, alucinante, materia bruta,
 tumultuosa. Nosotros mismos.
 Mucho más ciertos y decididos.

VIII

Hurgamos en el aire.
Dejamos de mirar el cielo
para seguir el paso de los astros.

¿Qué se hizo el rostro del amor?
Nos preguntó la vida amortajada.
Sólo escucho el eco de su muerte.

Somos tiempo que diluvia,
dijimos,
el Arca navega en la memoria.

IX

El país está en oferta,
el valle de Simón,
los emparamados muros de Angostura,
la llanura indeclinable,
el asta inflamada —oración del Potosí.

¿La congoja está en oferta?

Guaicaipuro nunca ni Ledezma
ni Antonio José, ni Rafael, ni Manuel
embravecido, ni oh maestro,
ni la sonrisa prestada,
ni los desheredados de esta tierra,
camastro de mi amor.

X

¿Cómo es el anverso de la democracia?
 ¿Cómo es el reverso del ejército?
 ¿El anverso de los empresarios cómo es?
 ¿Cómo es el Fondo Monetario Internacional de reverso?
 ¿Cómo es el anverso del presidente
 y comandante general del reverso
 de las Fuerzas Armadas de la República?
 Nosotros, que somos el filo,
 ¿preguntamos por preguntar?

XI

No mediaba otro cauce,
 sino el de ahora que fue de ayer
 de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad
 —en el Panteón encadenado.

Nos pusimos el coraje entre las piernas,
 en el exacto lugar del corazón.
 Dejamos de gritar.
 Asumimos la forma exacta del oprobio.
 Irrumpimos, sencillamente irrumpimos.

XII

Batieron negras las botas.
 Alzaron negros los fusiles.
 Negros tanques de guerra.
 Ateizadas las manos soldadescas.
 Negras las bocas de las ametralladoras.
 Negra la voz de los cuarteles.
 Negro el ojo que Miraflores.
 Negra su desolladora incertidumbre.

Antígona del genocidio.

XIII

(Paréntesis para escucharte Adriano):
*Lanzas y ballestas eran lerdas de efectividad
 convincente, a menos tardías ante estas Luggers
 bien probadas en los polígonos.*

*Los bellos niños perdonan a sus antepasados
 la carencia de tales instrumentos de piedad
 y en vez de tirar la moneda a espada o cruz,
 se juegan su caridad a bala y gasolina.
 que hace el apostolado más efectivo y veloz.*

XIV

Al igual que ahora, Jesús Enrique, tiene que ver:

*Norte. La cruz de los filos herraba a jóvenes sudorosos.
 Sur. Atraillados por los nuevos verdugos descendían por hondonadas.
 Este. Cargaban bestias con vituallas al atardecer
 para morir en la hora crepuscular de la noche.
 Oeste. El correo y la mula de la Nación abrevaron juntos
 por última vez en el río sepulcral.*

XV

Nos silenciaron. Nos enterraron.
 Nos borraron.
 Fuera de aquí contaron nuestros muertos.
 Dentro de aquí, ¡no!
 ¿Qué importa?, ¡dijimos!
 Recordamos al Che:

Así somos.
No podemos ser de otra manera.

XVI

¿Quemado vivo en las plazas
y justo al mismo tiempo resucitado,
redivivo en el juego,
aceptarás, Francisco, que te cite
fuera de la trama de fantasmas y enfermedades?

XVII

Día y noche los perros
lamieron nuestra sangre melancólica.

XVIII

¿Siempre la guerra, chino Valera?

Siempre la guerra.

Todo está lejos de haberse hundido.
El arca y los nuevos profetas
más dignos que el nivel de las aguas
Vivimos.
Seguiremos combatiendo.
La felicidad es difícil de atrapar.
Quien lleve rama de olivo en el pico
no debe anunciarse ante el infierno.

XIX

Para ellos una advertencia.
Entre ellos somos lo que no somos
y lo que somos.

Para no decir qué somos
nos llamarán febrero.

¿Quedará alguna fecha,
algún día, algún amanecer,
alguna endrina que no les llene
de pena irremediable?

XX

Por mi madre,
Por mi mismísima madre,
Por nuestra santísima madre.

Así sea, Amén.

Epílogo

Somos la poesía.
Una vez más volveremos a inventar.
Toda la palabra todo ademán.
Todo ardor desparramado.
Libertad serena.
Irremediablemente colectiva.

Como si asistiéramos, Mijaíl, a una inquebrantable floración

(Poema montaje)

I

¿Desde su creación
el hombre comenzó a reflexionar?

¿Trató de indagar, desde entonces,
la suerte de su vida?

¿Acaso no dijo, hasta ayer,
que el porvenir de la humanidad
era ocupación de filósofos, científicos y teólogos?

¿Acaso ahora mismo,
con el infinito entre sus párpados,
no puede poner fin a su existencia?

II

Heredero de la Piedra,
encuentra en su edad el suicidio nuclear.

Ya accionó contra sí mismo,
y dos veces.

Muchas más la imaginó usar.

¡Cuán próximo el abismo tras el cual no habrá retorno!

¡Qué pena!
La imaginación es incapaz de concebir el infierno.

(Paréntesis)

La guerra no es designio de Dios.

¿Quién, entonces, ha dispuesto
que a través de ella
la vida alcanzará su destino final?

III

¿Saldremos alguna vez de la lógica viciosa?

¿Entenderemos que del diluvio nuclear
no podrá salvarse
una nueva Arca de Noé?

IV

No posterguemos más.

La muerte no se arregla por sí sola.
Si por ella fuera
resolvería la contradicción entre la guerra y la paz.

Compartamos
de la historia,
la vida lograda.

V

Si no hay fuerza,
si no hay valor para sobreponernos
perderemos todo cuanto ama el corazón.

VI

Nuestro pueblo confía en la esperanza
Ningún pueblo la ha perdido.

Ahora mismo todos aprenden
el difícil arte de vivir en paz.
Cursan una tremenda escuela moral y política.
La verdad no tiene límites.

Con la vida de por medio
Levantados en medio del huracán,
encaran el presente y el futuro.

El tiempo y la marea se extienden amplias.
Nadie arrastra consigo su sepelio.

VII

Hemos comenzado a tocar la esencia.
Y hay que seguir.

Así lo quiere nuestra sociedad,
la respiración del mundo.

Si nos comprenden,
oirán el Volga que llevamos por dentro.

VIII

Hemos decidido transparentar la vida,
nuestra vida.
Exigimos formas nacientes de crearla.

Restablecer las injustamente olvidadas,
y las recónditas de nuestro ser.

En otras palabras, queremos más socialismo,
la dignidad del alma colectiva.

IX

Removeremos nuestra Patria de uno a otro confín.

El pecho está abierto. La pasión penetra.
Así decimos.
Tal es nuestro entusiasmo.

X

Nos orienta y nos navega el río.
¡Aguas del Jordán!
Humanísima Trinidad de la dialéctica.

XI

Arrancad de sí el viejo mundo.
Arrancad los dogmas
del pasado irreversible.
La belleza aguarda detrás de nuestras puertas.

XII

¿Por qué no nos escuchan?
Nuestra palabra no es arena del desierto,
ni lamento de quimera desconsolada,
ni la pálida trompeta del apocalipsis.
¿Por qué no oyen nuestra voz alerta?

El género humano se privó de la inmortalidad.

¿Mediante la destrucción de esas armas
la recobramos para siempre?

XIII

Nadie puede dictarle a la humanidad la pena de muerte.

Acabemos la separación entre la política
y las normas de la moral humana.

El torbellino nuclear acabará con los socialistas
y con los capitalistas,
con píos y pecadores.

¿Acaso esto es moral?

XIV

¿De qué sirve la arrogancia?
¿Cómo callar si de la debilidad,
de la mala voluntad de alguien,
del error fatal, imprevisible,
depende el ser o el no ser de la humanidad?

¿Cómo callar nuestro voto a favor de la vida?

XV

No queremos la ominosa
arma espacial sobre la cabeza de otros,
ni la queremnos sobre la nuestra.

No concebimos el mundo como un coto privado.

Decrépito está el tiempo.
de decidir arbitrariamente su destino.

La hostilidad provoca incendios.

(Paréntesis fidelista)

Decrépito el tiempo de esperar
y dar fe de la opresión.

Decrépito el tiempo de expoliar
el innumerable corazón de los pueblos
y la esperanza.

Decrépita la inmediata eternidad
de mal e injusticia.

(Veinte mil niños mueren de hambre
desde el despunte del alba
hasta la constelada prisa de la noche.
Todos los días del almanaque de clases).

¿Alguna vez,
y para siempre
enterraremos la consumación?

XVI

¿Aceptaremos que la guerra
es inseparable compañera del hombre?
¿Aceptaremos su alianza
hasta la destrucción total?

¿Aceptaremos, hasta nunca más,
que es uso de conquista y saqueo?

¡Basta como argumento,
menos como patrón a imitar en el futuro!

La muerte sólo perfecciona a la muerte.

XVII

Hemos decido no ser prisioneros del pasado
ni oír a los otros con desconfianza.

Nos transformamos,
 nos transformaremos
 una y otra vez.

¿Acaso no somos la pasión de Octubre?

Hemos aprendido a ser distintos,
a no dictar sentencias al mundo entero.

¡Qué difícil un nuevo modo de pensar!

¡Qué difícil un nuevo modo de hacer la vida!

Autocrítica de Valeri Turovsky(*)

*A Boris Pasternak
A Andrei Tarkovski,
A Mijail Gorbachov*

Llegó el tiempo soñado por mí
Y por muchos de mis colegas.
Y nos tomó de sorpresa

Todos estos años esperamos que llegara,
tarde o temprano.
Y cuando llegó nos entristecimos.

Las ilusiones, incluso las más audaces,
palidecen ahora.

**Vuelve a crujir octubre.
La purificación al aire se inaugura.**

Antes de decir algo, quise meditar.
Y meditar es doloroso.

Poco a poco nos habituamos.
Las sandeces se convirtieron en norma,
fueron moldeando nuestras almas.

El lenguaje de Esopo se nos hizo más entrañable
que el lenguaje de Pushkin.

Llegamos a saber que si alguien nos pedía ayuda,
mejor se callara la boca,
porque nunca sería oído.

*Montaje de un texto de Valeri Turovsky, mítico, y versos de Boris Pasternak y Pushkin.

El amanecer agitará la vela;...

Un personaje de Mijaíl Roschin confiesa:
No hay nada más embarazoso que cuando has vivido
la vida con unos y debes presentar excusas a otros.

(Durante veintitrés años la pieza de Mijaíl
permaneció en su mesa de trabajo).

Pero tendremos que presentar excusas.

Explicar, por ejemplo, por qué
en casi veinte años de mi carrera,
no he podido ayudar a nadie.

No sabes tú el amor conque me quemo. Ni la pesada pena en que me muero.

Esto no es un acto de lamentación.
Cualquier época y cualesquiera circunstancias
sólo doblegan a quienes dan su brazo a torcer.

¿Para qué lamentarse entonces?

A muchos de nosotros ese período no nos doblegó,
Pero nos hizo bajar la cerviz.

Es un silbido lleno, hirviendo,...

¡Qué difícil, qué doloroso, qué penoso
es el proceso del cambio de uno!

No se puede marchar hacia él en filas
y columnas marcando los resultados,
pues no altera la vanidad y el parloteo.

El cambio es el asunto personal de cada uno.

**No me encontré en sus filas,
pero tampoco fingí,
ni en la fila de los parásitos
me introduje, en ajena parentela.**

Admiro a quienes, ligeros y dispuestos,
se dieron al cambio, cuando antes vivían
a sus anchas: heraldos voluntarios.

Para ellos todo es muy simple,
como ha sido siempre. Antes daban informes
triunfalistas. Ahora se ponen por delante del progreso.

Antes seleccionaban a quienes osaban marchar adelante.
Hoy seleccionan a quienes se toman la libertad
de rezagarse un poco.

**El pueblo es como una casa sin paredes
y no notamos
que esta bóveda que parece una tienda
es infinita como el aire.**

Callé cuando (no) era necesario callar
Maniobré y hasta fui hipócrita.
No busco justificaciones ni atenuantes.

Porque cuando has vivido la vida con unos,

es ocioso presentar excusa a otros:
la culpa es la culpa, por mucho que uno
se estime a sí mismo.

**Hacia atrás no puede ya volverse
aunque en un sótano se ocultara.**

Aún así debemos recordar más a menudo
cuán difíciles han sido los años vividos.

No los borramos del recuerdo.

No los deseamos porque se han convertido
en carne de nuestra carne.
Son nuestros años ¿cómo renunciar a ellos?

Pensar es doloroso.
El alma hierve y se ahoga.

Algo me queda todavía.

Cuando ya no queda en qué confiar
el hombre empieza a creer en la esperanza.

Los mejores años de nuestra vida
coincidieron con tiempos nada perfectos.

Pero, incluso en los momentos más desesperados,
seguimos acariciando la esperanza.

**No es fácil despertar y recobrar la vista
sacudir la basura de las palabras del corazón**

No podíamos suponer que nos propusieran
transparentar la vida, nuestra vida.

¿Quién hubiera creído que muchos de nosotros
no estaríamos preparados?

Tal vez Mijaíl,
porque temíamos para no sufrir.

**Pero inesperadamente por la cortina
correrá el temblor de la llegada.
Midiendo el silencio con los pasos
entrarás como el futuro.**

Pensemos ahora, por muy penoso que sea.
Pensemos en cómo debemos actuar,
y actuemos tal como pensamos.

No vislumbro otro camino. Quizá, no existe.
Seguramente no existe otro camino.

De la identidad de la integración del espacio audiovisual

Introito

—“Los americanos meridionales tienen una tradición
que dice que cuando Quetzalcoalt,
el Hermes o Buda de la América del Sur,
resignó su administración y los abandonó,
les prometió que volvería después que los siglos hubiesen pasado,
y que él restablecería su gobierno y renovarí su felicidad.
¿Esta tradición no opera y excita una convicción
de que muy pronto debe volver?...

Pienso como Vd. que causas individuales
pueden producir resultados generales:
sobre todo en las revoluciones.
Pero no lo es el héroe, gran profeta,
o dios del Anáhuac, Quetzalcoalt el que es capaz
de operar los prodigiosos beneficios que Vd. propone”

—“Ahora mismo mando convidar al pueblo
para que hable y diga su opinión”.

—“Id veloces a vengar al muerto,
a dar vida al moribundo,
soltura al oprimido
y libertad a todos”.

—“Para nosotros la patria es América”.

Ofertorio

De Sebastián Francisco de Miranda nos viene.
 1783. **Nuestra América.** Puerto de La Habana
 De Miranda y Bolívar en Londres. 1810. Colombia.
 Oigamos al joven Simón declarando en el periódico
La Estampa, categórico, fulgurante,
 como representante de la América Meridional,
 invitando a la formación de una Confederación de Naciones.

Lo escuchamos en la *tertulia*, Sociedad Patriótica,
 Ateneo de luces y de todos los intereses revolucionarios,
 3 de julio del 1811. Es el fuego de la pasión:
 Pongamos sin temor la piedra fundamental
 de la libertad sudamericana. Vacilar es sucumbir.
 ¡Qué de voces, qué de brazos se alzaron!

Leímos luego, escuchamos en las calles y en las plazas,
 5 de julio del 1811, Constitución de la Primera República:
 De las Provincias, numeral 129: “Del mismo modo y bajo
 los mismos principios, serán también admitidas e incorporadas
 cualesquiera otras del continente colombiano (antes América
 española)
 que quieran unirse bajo las condiciones y garantías necesarias
 para fortificar la Unión”... Es de letra constitucional un Congreso
 general de la Colombia, y garantes de la Unión, de la integridad
 de nuestros territorios y derechos esenciales con nuestras vidas,
 nuestras fortunas y nuestro honor.
 Dada en el Palacio Federal de Caracas,
 a veintiuno de diciembre del año del Señor mil ochocientos
 once, primero de nuestra independencia.

La América toda existe en Nación. El verso suena.
 Himno Nacional.

19 de mayo es, de mil ochocientos quince, ciudad de Kingston.
Con el exilio a cuesta propone como quien formula un dogma:

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América
la más grande Nación del mundo, menos por su extensión
y riquezas que por su libertad y gloria.
Le conocemos.

Angostura, diciembre 17 de mil ochocientos diecinueve.
El Congreso sanciona la creación de la República de Colombia.
La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el único objeto
Que me he propuesto desde mis primeras armas, es el voto de los
Ciudadanos de ambos países y es la garantía de la América del Sur:

(¡Ay, Santa Marta!, diciembre 17 de mil ochocientos treinta).

1821. 6 de mayo. Rosario de Cúcuta. Congreso de las provincias
de Colombia. 6 de junio. Unión de las provincias. ¡Caraqueños!

La unión de Venezuela, Cundinamarca y Quito
ha dado un nuevo realce
a vuestra existencia política y cimentado para siempre vuestra
estabilidad.

Le conocemos.

También sus sueños. Por nuestros los conocemos.

Su destino es el Sur. La urgencia de una América Meridional
libre y unida

no da cuartel. El ejército Libertador es pueblo único del
Continente

en Boyacá, en Pichincha, en Junín, en Ayacucho.

Por tierra y por mar su palabra convoca a una Confederación
de Naciones capaz de lograr el equilibrio del Universo.

Una debe ser la PATRIA de todos los americanos.

Le conocemos.

Es nuestro Código el que debemos consultar y no el de
Washington
Le conocemos.

Oración

I

La ascunción de nuestra historia
está amarrada a la amarga
certidumbre de la dependencia.
El nudo es tasajeado por la derrota.
Se afirma con los héroes de la victoria.
Negro y rojo hacen el estandarte.

Cuando la libertad fulgura elegimos o nos sobreviene
dependencia. Cuando creemos tenerla en nuestros brazos
preguntamos qué hacer con ella.
Nos liberamos para cultivar otra sujeción:
la misma si escudriñamos por debajo de las apariencias.

*Cuando nos sentimos en medio de la vida
la muerte osa llorar en medio de nosotros.*

II

Fuimos separados, estamos siendo separados
a cada momento: condición original a la que
una y otra vez volvemos:

Escucho desde la orilla,
sin otra imagen que las aguas del río.
Interminable, imperecedera. Por de pronto,

insospechable.

Somos agua y cauce. Tierra anegada, estero,
cuarteada tierra y soledumbre.

Del arco y su lira es la temporalidad.

Requiebros con el Eclesiastés y los manuscritos
Goldmundo en su lecho con dos hermanas.

III

Acaso no sabemos qué es lo que nos llama desde el fondo
de nuestro ser: su movimiento antagónico.

Reconocemos, sin embargo, su unidad dialéctica,
anverso y reverso, el cielo para unos y el infierno para el resto,
en nombre del paraíso prometido.

De uno a otro vaivén un asidero de origen:
cambiar la vida, transformar la sociedad,
requerimiento inmutable,
deseo de ser, asunción poética.

IV

De hierro, no de oro fue la aurora.

JORGE LUIS BORGES

V

Alcanzamos el Potosí.
Caímos en Dos Ríos
escribimos Orígenes
hicimos una revolución

para hacer otra mejor.
De ayer y de ahora nos viene la imagen.

Nunca, y menos a cada instante,
dejaremos de rodar los fuegos del amanecer.

(Paréntesis)

¿Frente al cortejo de quienes visten
todos los trajes de las mil flores,
los fundadores de la patria
—que es la América Meridional— guardan silencio?

VI

A la ideocracia autoritaria de la imagen USA,
La *ideo Bolívar* desparramada por el continente:
Espejo de la imagen del futuro, como ayer imagen
Del presente, insobornable, guerrero, irrenunciable.

VII

El deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y las de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos.

JOSÉ MARTÍ

VIII

*Cuando la cultura actúa desvinculada de sus raíces
es pobre rosa torcida y maloliente.*

LEZAMA LIMA

Si es imagen, documento o ficción, crónica del infierno,
vacilación mercante, grifo de la ballena, arpón,
imagen en movimiento nos dispara como somos,
como hemos sido, como queremos ser.

Para aquellos, disparatada flecha si no bailamos
el baile con quien no elegimos bailar.

Somos el arco y la lira, revolución del ser,
más vida que la vida que en todo tiempo proponemos cambiar.

IX

La alienación cultural consiste, en esencia, en la internacionalización espontánea o inducida en un pueblo de la conciencia y de la ideología de otro, correspondiente a una realidad que le es extraña y a intereses opuestos a los suyos. Vale decir, a la adopción de esquemas conceptuales que escamotean la percepción de la realidad social en beneficio de los que de ella se favorecen. O aún la creación autónoma de representaciones consoladoras o justificadoras del atraso que desvían la atención de sus causas reales para destacar, tan sólo, causas supuestas.

DARCY RIBEIRO

X

Un pueblo sujeto a una imagen de civilización
de la violencia, encaramada sobre la muerte,
a cada instante fenece como pueblo.

¿Desconocemos la pala que recoge sus cenizas?

XI

Estamos en la mitad del mediodía.

Se plantó en el Potosí y en Santa Marta,
como en Jueves Santo de Caracas
para hablar sobre las ruinas y animar los presagios.

De él la patria que es América.

XII

Con una ceguera sin nombre, cada uno de los 50 millones de aparatos de televisión que se encenderán este día... en los hogares latinoamericanos y caribeños es un caballo de Troya, de donde brotan unos Ulises más duchos y más audaces que el general ateniense para robar nuestra cultura, para despojarnos de nuestro patrimonio, de nuestra personalidad como pueblos, de nuestro destino.

GONZALO ORTIZ CRESPO

XIII

¿Fronteras entre el cine y la TV?

¿Tecnologías? ¿De lenguaje? ¿De difusión?

Ayer nuestros abuelos alcanzaron a ver cine
 en los cafés o en las carpas. Mañana nuestros nietos
 alcanzarán a ver una película como hoy,
 en las catedrales, los católicos y los políticos
 una misa pontificia.

Atada a toda integración —en la cerviz, en el lomo
 o en la cola— la integración de las políticas de integración
 para los medios audiovisuales.

Tal su lujuria.

La nuestra, enajenada.

XIV

Ciudad de fantasmas poblada de trucos.
 Ciudad espejo.
 Caja de entierro colectivo.

Extraviado habitante,
 fascinado,
 embaucado hasta el olvido

por la trama y los *spots*
 de la América del Norte.

La vida corre, corre
 hacia el aire que transmite.

REGISTRO DE MAC LUHAN, ARAY, RAMONET,
 Y DEL MAREMÁGNUM DE JORGE GUILLÉN.

XV

—¿Queremos o no preservar y fortalecer los recursos humanos, tecnológicos y culturales, del espacio audiovisual que hemos venido generando desde casi un siglo?

—¿Aceptamos o no la actual erosión y el inminente desmantelamiento de nuestra capacidad económica y humana instalada en el terreno del audiovisual?

—¿Deseamos sostener e incrementar las capacidades productivas nacionales y regional de nuestras imágenes, o aceptamos convertirnos colectivamente en meros retransmisores de imágenes ajenas?

—¿Intentamos vernos expresados en esos espejos socioculturales que constituyen nuestras pantallas o renunciamos a construir nuestra identidad, lo que es decir nuestra posibilidad de ser colectivo y con una personalidad reconocible?

EXPERTOS SOBRE “LOS POLÍTICOS CULTURALES EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE”. (MARZO, 1991, MÉXICO)

XVI

—El espacio audiovisual, entendido como el conjunto técnico, cultural y político de la comunicación social de radio y televisión, es patrimonio de cada nación, la que es plenamente soberana en las decisiones que atañen a este campo, dentro de los principios del derecho a la libertad de información y expresión.

—Los medios audiovisuales constituyen instrumentos fundamentales para el desarrollo económico, la consolidación

democrática y la identidad cultural. La radio y la televisión deben contribuir al reforzamiento de la seguridad y la paz del mundo y en especial de la América Latina y el Caribe, a la plena vigencia de los derechos humanos y los de autodeterminación y de no intervención en las políticas internas de los países de la región.

—El espacio audiovisual latinoamericano del futuro debe ser decidido en conjunto por sus pueblos y debe preservar que la voz y esa identidad sean presentadas sin distorsiones en el mundo entero.

—Sólo mediante un amplio y auténtico desarrollo de la comunicación social en general, y del espacio audiovisual latinoamericano en particular, será posible llegar a la integración de América Latina y el Caribe, condición indispensable para defender nuestra identidad cultural, económica y política. Comunicación e integración son sinónimos, pero para su logro, se hace indispensable una clara voluntad política.

—A su vez, la integración latinoamericana será el camino para proteger nuestro espacio y nuestros intereses desde la visión propia de nuestros pueblos.

DE LA DECLARACIÓN DE QUITO

XVII

Aún en sus peores momentos el cine
de América Latina es superior al de USA.
Quisiera que fuera una *boutade* convertida en joda
por los abucheadores desde el Río Grande.
Si del suyo los cineastas de Europa no dicen
lo mismo cuentan con indulgencias.

Si del suyo los cineastas de África no dicen
lo mismo cuenten con la impenitencia.
Hasta aquí, para no agotar.
Claro que esta copa no la alzo
en una casa blanca *made in USA*.

XVIII

Actividad de la existencia social, libre, creadora.
¿Nos es dado renunciar a ella?
¿Aun para el suicida?

Cronista lacrimoso, informador o diletante,
conservador o radical, cortesano o crítico,
perturbador o lisonjero, mimético o innovador,
para el cineasta del continente
el arco dispara.

Visionamos la flecha y su diana.
Interesa el disparo.

XIX

*No es a través de copiar o de la imitación de los modelos ajenos
como podemos encontrar nuestra verdadera identidad, es en la
profundización de nuestra problemática, es en la búsqueda y encuentro
de la memoria popular, en la experiencia acumulada, en la lucha por
recuperar nuestro rol protagónico en la historia.*

*Es en el destino colectivo en definitiva, donde encontraremos los
elementos, la levadura, arcilla de la construcción de un verdadero y
auténtico cine latinoamericano y por latinoamericano universal*

MIGUEL LITTIN

XX

¿Cómo no va a crecer el cine de nuestra América,
si el redescubrimiento impuesto por el liberalismo
autoritario ahora mismo alcanzará la cresta de su ola?

¿Cómo no va a crecer la marejada
el ojo del huracán?

XXI

Muchas veces hemos mencionado en nuestras intervenciones y en nuestros documentos, y en este también lo hemos recogido, que somos una gran patria dividida. Esta imagen encierra para nosotros un contenido muy concreto y las propias características del cine como manifestación artística y medio cultural de comunicación social han contribuido a que los cineastas latinoamericanos seamos dentro del movimiento cultural de nuestro continente particularmente abanderados de ese proyecto bolivariano y martiano, todavía incumplido.

C-CAL, MÉRIDA, VENEZUELA 1977

XXII

El neoliberalismo autoritario internacionaliza —al tiempo que profundiza las relaciones de dependencia liderizadas por el capital financiero—, ordena y adiestra. Conformar una élite gerencial que conduce al aparato político en la ejecución de un programa único generado por la metrópoli a través de sus organismos financieros: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Las políticas económicas de los enclaves se establecen en el exterior, y deben ser de fiel cumplimiento.

El nuevo orden reclama una nueva dependencia: la dependencia financiera.

La pobreza deviene en peste crónica del hombre, simulada por los medios de comunicación, la promoción de la riqueza y el confort. *Laissez faire, laissez passer* el cortejo colectivo de la muerte.

XXIII

El progreso exige sacrificios, dice el programador neoliberal. La pobreza es un sacrificio social que nos permite entrar en el concierto de naciones capitalistas de alto desarrollo y compartir en su mesa los problemas de crecimiento.

El libre juego de las ideas y la búsqueda común de soluciones nos hacen menos dependientes y nos asegura el acceso al crédito internacional.

Estoy convencido, confirma el Presidente, de que ese es el único camino que nos hará llegar al siglo XXI conforme a la naturaleza de las cosas.

Tal es el mensaje en un país con veinte millones de habitantes, catorce de ellos urgidos por la pobreza, y de éstos —parecieran dígitos— siete en situación crítica. Las cifras son oficiales, por boca de Miraflores. 1991.

XXIV

Fue cierto y sigue siendo cierto...

El sueño sin treguas ni distancias permanece...

La idea de República frente a la corona,
propuso, a la vez integración;
si no, el sueño era imposible.

Pero hay ahora otra suerte de integración...

Los satélites son el instrumento integrador
más eficaz que pudo haber existido nunca.
...Ningún estado Latinoamericano podrá alegar
dentro de poco más poder que el que tendrían,
juntos, Televisa y Venevisión, del norte al sur del continente.
Poder nunca imaginado...

Jamás lo soñó una dictadura militar...

Desde los satélites, las transnacionales de la comunicación
se vuelven dueñas del poder político. Comunicar es poder
omnímodo. Los electores, pasivos y silenciosos, no votan,
sino que ven. Telecracia, y no democracia. Sociedad visual y
no sociedad civil.

Sólo Tolstoi pudo haber imaginado a Bolívar cruzando
Los Andes a caballo en su cabalgata inconmensurable
para integrar y unir a América. Sólo Orwell pudo haber
imaginado a América unida e integrada bajo el poder
del Big Brother omnipresente y omnisciente, televisado y
[televisable.

SERGIO RAMÍREZ

XXV

Interesas a la ATT
a la ITT, a la GTE:

La identidad es el medio

Por su gracia se unifica el mundo

¿Flotarás en el *aire del tiempo*?

XXVI

¿Es posible... una forma de unidad, de integración dentro de la libertad?, pregunta Leopoldo Zea con palabra bolivariana.

Con la misma palabra responde: “Tiene que serlo, como ha sido posible la unidad, y la integración dentro de la dependencia.

Claro es que las formas de integración para la libertad no pueden ser las mismas que han permitido la integración para la explotación y la dependencia”.

XXVII

Renacer de las cenizas
Es lugar común de la utopía

Encaramarse en la dialéctica
Proposición de historia inacabable.

XXVIII

Una nación cuyos *mass-media*
funcionan domeñadas por el albarrán
—irruptor detrás de la pantalla—:
No es tal.

¿Convertirán nuestros ojos,
por siempre,
en ojo de su entendimiento?

XXIX

“La memoria es más consistente
y más noble que el olvido”.

Suena a bandoneón.

Aún así, y por ende,
seguirá nuestro canto.

Milicia de la utopía.

XXX

Nada se está firme en el planeta, para nuestro afán,
excepto la integración de América Latina.
Ismael, de entre nosotros, quedará para contarlo.
Palabra de Melville.

XXXI

*A pesar de masivos procesos de aculturación y de penetración
cultural, nuestra identidad sobrevive y nos permite reconocernos como
fundamentalmente distintos de nuestros opresores.*

Llevamos casi medio milenio dando un ejemplo similar al mundo.

*Contra todas las derrotas y las adversidades, tenemos en las manos la
palanca de la identidad cultural.*

LUIS BRITTO GARCÍA

Todos los días, Luis, cruzamos la otra calle. No dejaremos de
cruzar la nuestra.

XXXII

Rompimos la piedra sepulcral.

¿Arrancamos de nuestros hombros el peso de la noche?

XXXIII

No hay nada más natural que irrumpir contra el oprobio.

MÉRIDA, LA HABANA, 1993-2007

Versos de Manuela

I

Versos de Paita

I

Paita es un racimo de lástimas

Sus calles
templos de oración

El viento
reguero de cenizas

Picaron cabo las gaviotas

De los marinos ni un ojal.

II

Por aquí pasó Melville
Dice conocer
el vasto corazón de los héroes

Como tú
Navega enormes distancias.

III

Ni tú
ni los pájaros del mar
ni las guacamayas
ni los gatos

ni los perros
dejan lugar al sosiego.
El amanecer
me encuentra con tu rostro

La noche
eres tú
dentro de mí

Paita
no existe

Sólo tu oleaje.

IV

Me entero de todo

Hago delicias
por los embrollos
de uno y otro costado
de mi Patria

Aquí adentro soledades
De mi cuerpo ni una queja.

V

Don Samuel pasó por aquí

me dejó una flor amarilla

un pedazo de papel

Dos soledades juntas
no pueden hacerse compañía

Volverá

Yo lo sé.

VI

Se vende tabaco
Spoken English
Parlais Francais

Nunca más Horacio

De Tácito la quemadura
Mi sollamar

Plutarco
¿Para qué?

Ya no bailas como entonces,
Simón.

VII

De tarde en tarde
me buscan

Paño de lágrimas
Madrina

Costurera

De tarde en tarde
Viste mi memoria
al aire
la apagada púrpura
del día

Nada tengo que ver
con las gaviotas.

VIII

Estoy de mala sangre
Ni un pitido de pájaro
Ni ojo de gato
en la hamaca

Ninguna flor abierta en el jardín
Por el pueblo
los perros
con el rabo entre las piernas

Ladran como yo.

IX

Diciembre diecisiete

Soy alondra

Jonatás rumora

De los perros ni un latido

Los vecinos escuchan
mi aleteo.

X

Recorrimos
Simón
una gran parte del camino

El desengaño
cambió tu silla de montar
por una silla de manos

Encogió tu cuerpo

Dejó tu alma
toda
a oscuras

Yo me consumo
en un bracero

Envainada
entre pacas de algodón.

XI

Pintada en los muros

Escarnecida

Alguna vez acorralada

Aventurera del alma

De mi hombre
su mujer

Su muro

Su estigma

Su corral.

XII

Cierra la noche

Del mar una canción

De la iglesia sus campanas

Del lupanar una gaita
una guitarra
un bandoneón

Simón en mi silla de ruedas

En la hamaca mi flor desvencijada.

XIII

Cómo afrontar
metida
como estoy
en esta silla de ruedas
a los portadores del espanto

Qué se hizo
mi mantilla

Mis zuecos dobles
qué se hicieron.

XIV

Abro y cierro el arcón

Cierro y abro el arcón

—¿Qué haré sin ti
Manuela?
pregunta Simón

—Voy a meterte entre mis brazos.

XV

Mi voluntad, Simón,
es más fuerte
que Manuela

tu Manuela

Mucho más mi corazón

Enramada mujer

Tumulto

Tequendama.

XVI

No me quieras
Húsar
Archivadora
Coronela

Ni adorada Manuelita
porcelana iridiscente
hálito mortal

Ni divinidad hecha mujer
ni mucho menos
dueña de tus sueños

Quiérame tu daga
que de invulnerable
no tengo nada.

XVII

Mi gloria
tu cuerpo peregrino

mi desarbolado corazón
en todo campo de batalla

Mi coraje.

XVIII

Tú
mi silla de ruedas

Yo
tu hamaca

Tú
mi arcón

Yo
su oído oculto

Vivir no duele mucho.

XIX

Tú
palabra aguda

¿Tiemblo acaso
como entonces?

Palpito

Pequeña red tendida
en la mar

iluminada.

XX

No soy nada sin ti
Terrible señor de mis afanes

Frenesí del mediodía

Entre tus brazos
desordenado cuerpo.

XXI

Nada tan real
como tu ausencia
Ahora mismo

¡qué arbusto!

¡cuánta holgura celeste!
Tuyo es mi ardor
entre tus piernas

Sin límites la audiencia.

XXII

Ponte encima de mí

Encarámate sin pudor

Hagamos
cuanto queremos hacer

¡A callar pájaros
a callar gatos
a callar perros!

Orden del general.

XXIII

Entras
con olor de algas
radiante espuma
Terrible
señor
de mis afanes

Medusa
La mar
avilla
es nuestra.

XIV

Tiemblo
en el pico
de tu sexo

Delicado hueco

Por el aire
muy aire las gaviotas.

XXV

Qué de silencios

Qué de gemidos
los tuyos
en la alta noche

Qué de aullidos
los míos
en
la alta mar.

XXVI

De la noche hasta el alba

De la mañana al poniente

Agua de verbena
tus sudores y los míos.

XXVII

Estoy viva
Tengo a mi zambo por dentro.

XXVIII

¡Ay!
Ladraron los perros

Una vez más
allanaron el cuerpo del amor.

XIX

Desvencijada mujer
soy

Cerrada cavidad nocturna

Caracol

Acuchíllame una y otra
y otra vez.

XXX

Me llené de carnes

Tullida estoy
Apagada y triste

¿Aún me quieres, Simón?

XXXI

Despójame

del peso

de ser

tuya.

XXXII

Mi amor por ti
rayo que no cesa

Destino mío.

II

Versos del Panteón

I

Está de un lujo el Panteón

Suenan palabras
y clarines

Sólo yo
estoy abrazada a ti.

II

Día de visita

No suenan a rebato
las campanas

Ni es de guerra el clarín.

Orondos por la nave
estirados
compungidos

¿En qué lugar sus manos llenas?

III

Suenan palabras
y clarines

Nos acurruca el miedo

Desollado
—a su pesar—
consume un cigarro
don Samuel

IV

Estáte quieto
Simón
que apenas vienen
de cuando en vez

V

Déjate de improperios
Samuel
que no es contigo

No te preocupes
por tus huesos
Antoñito

Erguida estoy

Espada en mano.

VI

Contigo estoy
de contrabando

Nunca faltará un Juez
Ni un Alcalde
Ni un Prefecto
Ni un Francisco de Paula

que me saque de tu lecho
para meterme en la cárcel.

VII

Hace rato
Antoñito se reconcilió
con don Samuel

Hace rato
ese diablo en andas
también

Aquí
entre nos

se siguen mirando de reojo

Arrugas secretas del amor.

VIII

Yo te quise al revés

Más cerca del sacrificio
que de la gloria.

“Nunca sospecharon
que la palabra enemigo
en ti
se desplomaba al nacer”

Yo los prefería
muertos.

IX

No protesto

Los desamparados
te concedieron
la gloria

La patria viva
te la quiso arrebatar.

X

Aquí
entre tú y yo

¿Erramos,
Simón?

XI

“La aventura
nos trajo el bien
de no ser dueños
el uno del otro”

Tampoco fui leal

Muchas veces
intenté hacerme dueña
de ti.

XII

Tuya soy

Corona de rosas
ramita de laurel

Velo azul y transparente

Bañera de agua tibia
toalla de Quito
entremetida mujer
de Catahuango

Amable loca.

XIII

Nunca más
la ventana del San Carlos

No más el puente
ni el río de San Agustín

Me tienes
hueso a hueso

Por amor incinerada.

XIV

Después de Santa Marta
me niego a compartirme

Ni siquiera con mis celos.

XV

Deja de tiritar

que en mis brazos
no estás
emparamado.

XVI

Hace frío

Cobójame
con tu colchón
de huesos.

XVII

¡Qué buena vaina, Simón!

“Tu huella conduce
a un lugar
que nadie conoce”.

Cantata del Monte Sacro

I

Miren a ese mozalbete americano.
Todo lleno de sol, joven galán.
Palabra fácil, toda elegancia.

Jardín de Frascati y Mabilie.
Baila como ninguno el valse.
La mazurca, la polca, la gavota.
La danza febril de los gitanos.

Muda las horas del día y de la noche.

Seduce, brilla, relampaguea.
Es un inmenso verdor.

Su vida por la vida es un azar.

Ahoga sus penas en almohadas refulgentes.
Ahoga la tristeza en muchas bocas de amor.

Palabra ardorosa, incontinida.
Desaira, perturba, atropella.

Es una tromba meridional.

II

Miradle de pronto junto al sabio Humboldt:
Absorto, deslumbrado por el nuevo Colón.
Extasiado con las quimeras de Bonpland.

La tarde le encuentra metido en libros.
Y en hojas y flores y raíces.

Es todo oído y preguntas.

Una seguridad fundada en la desunión,
al sabio oye decir, ha de ser conmovida
desde que una masa de hombres se reúne
a merced del sentimiento del común interés;

Desde que tal sentimiento,
una vez despertado,
se fortifica con la resistencia.

Y desde que el progreso y el cambio
disminuyen la influencia del hábito
y de las ideas añejas.

Parece otro ser Simón José Antonio
—piensa el maestro don Samuel—
sólo de escucharle y de mirarle:
la palabra acrisolada y vehemente,
sus lucientes ojos hacia adentro.

—Los pueblos de la América Meridional,
afirma el sabio, han llegado a su madurez
política, particularmente Venezuela, maestro.

Sólo hace falta, dice,
el hombre capaz de encabezar y dirigir
una lucha que será larga, cruel y costosa.

—¿Y tú qué le respondiste, Simón?

—Ya aparecerá ese hombre, señor.
No lo dude usted. Eso le respondí.
La revolución producirá hijos dignos de ella.

—Tú lo has dicho, Simón.

III

—Camina, camina, camina.
Búscales aire a tus pulmones.
Indaga las quimeras de Rousseau.
Sumérgete, muy adentro,
en las turbulencias de Voltaire.

Francia ha puesto a girar el mundo de prisa.

—¡Ah! Maestro, la quisiera sin diadema imperial.

—El Emperador ama la gloria, Simón.

—Esa gloria parece el resplandor del infierno.

—Caerá como un globo sin gas,
Simón, en medio de los mares.

—Usted lo ha dicho, maestro.

IV

Murmuran las fuentes. El río murmura.

Luz de verano. Es agosto.

Miradlos ascender con el magnífico resplandor
que los rayos del sol poniente levanta sobre
la ciudad eterna, de mármoles y ruinas.

Mirad al mozalbete venezolano:
jadeante, silencioso, transfigurado.

Todo arde en una luz inmóvil de oro.

Calla el aire en los cipreses.

Escuchadle: su voz es otra voz:

—¿Con que este es el pueblo de Rómulo y Numa?
¿De los Gracos y de los Horacios?
¿De Augusto y de Nerón?
¿De César y de Bruto?
¿De Tiberio y de Trajano?

Aquí todas las grandezas
y todas las miserias
han tenido su cuna.

Miradle, húmedos los ojos, palpitante el pecho.
Enrojecido el rostro, con una agitación febril.

Escuchadle: su voz es ofrenda, fuego sacro.

—“Juro delante de usted;
juro por el Dios de mis padres;
juro por ellos; juro por mi honor,
y juro por mi Patria,
que no daré descanso a mi brazo,
ni reposo a mi alma,

hasta que haya roto
las cadenas que nos oprimen
por voluntad del poder español”.

¡Toquen a rebato las campanas!

¡Bramen ríos, montañas, sabanas!

Miradle por nuestra América.
La libertad en su adarga.

Es hijo de la gloria.

¡Es su hijo!
¡Es su hijo inmortal!

A los doce días del año 2000

Hoy, a los doce días del año 2000,
la televisión reportó el mensaje de un niño
por intermedio de un avión
que surcó el cielo de Miami,
en las inmediaciones de la casa
donde se le mantiene secuestrado.

El niño alcanzó a liberarse
durante cinco segundos,
tiempo suficiente para enviar su mensaje,
un verso sencillo que recuerda al poeta
José Martí, nacido en La Habana
Por este mes de enero de 1853.

Hace 109 años, durante su permanencia
en Caracas, Venezuela, Martí escribió
un libro que tituló *Ismaelillo*,
dedicado a su hijo José Francisco.

Hijo:

Espantado de todo, me refugio en ti.

*Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura,
en la utilidad de la virtud, y en ti.*

*Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras
páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal
como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos
arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de
verte en esa forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos
han pasado por mi corazón.*

¡Lleguen al tuyo!

Cuando Martí publicó *Ismaelillo*,
en New York, el año de 1882,
José Francisco vivía en la ciudad de Camagüey,
Cuba. Trece años después, el 19 de mayo de 1895,
Martí sacrificó su vida por la libertad de su patria.

Los niños de la escuela Marcelo Salado,
ciudad de Cárdenas, provincia de Matanzas,
honran a Martí todos los días,
al igual que todos los niños de todas las escuelas
de la República de Cuba. Cantan,
recitan, escenifican sus versos,
que consideran de su entera propiedad.

Los secuestradores enemigos de Martí
y de la República que él libertó con su palabra,
sus versos y su vida, se han declarado en rebeldía
contra la constitución de los EEUU,
el mandato de las leyes que amparan la patria potestad
y la decisión de la Secretaría de Justicia de ese país.

No escatimarán medios, cualquiera que sea —así dicen—
para impedir la liberación del niño,
quien por primera vez durmió a sus anchas
hasta el amanecer.

Cual si de mariposas
tras gran combate
volaran alas de oro
por tierra y aire,
así vuelan las hojas
do cuento el trance.

En Cárdenas las abuelas
le oyeron cantar

De uno a otro confín del planeta
se oyó su voz:

Yo quiero regresar a Cuba
Yo quiero regresar
Yo quiero
Yo,
Elián

LIBRO III



Páramo: dos poemas del sur y la nostalgia

A la edad en que muchos poetas se jubilan, ya sea con proclamas o en el mayor silencio, Edmundo Aray continúa cultivando con todo esmero su parcela poética y al terminar el 2002 concibe dos cantos de la misma familia lírica, nombrados “Páramo” y “Sur”, logrados en poco más de ciento sesenta versos de factura delicada, lejos de toda estridencia.

Hace algunas semanas, en ocasión de la X Feria Internacional del Libro de Caracas, visité la muestra organizada con motivo de un homenaje a los muchachos de ayer, los que animaban El Techo de la Ballena. Poemas, dibujos, óleos, fotos, páginas de publicaciones periódicas, documentos, testimonios grabados en videos, elementos de la cultura popular que salían de las manos de los artesanos y de gente simple, sin vocación artística, y aun filmes que nos hicieron reír por su diluido romanticismo, aunque ahora más que a risa mueven a llanto, porque en su ingenuidad o en su burdo comercialismo, representan una época en que nadie pensaba llegaríamos a la vejez que afinaría nuestro sentido crítico. Fue en esos años cuando Roque Dalton escribió: *“Alrededor se mueren los amigos/ y empieza uno a dudar de su inmortalidad”*. De la inmortalidad de Roque quedan ya pocas dudas, pero su vida terrenal sí fue brutalmente apagada —después de cuatro o cinco fugas de cárceles, y de destierros— un día aciago de 1975.

Así la muestra de los balleneros, con Edmundo como uno de sus más entusiastas y constantes protagonistas, nos devolvía a un clima de violencia, a una etapa de lucha directa de la juventud venezolana, de las que algunos se arrepintieron, dañados por la frustración, sin entender que ninguna batalla bien librada se pierde definitivamente y que

en gestos, reflexiones, y acciones de hoy, está la levadura de aquellas escaramuzas o enfrentamientos estratégicos, que de todo hubo.

Pienso en todo esto al adentrarme en “Páramos” y en “Sur”. El primer canto está dedicado a Epifanía y a un maestro de la cultura popular Juan Félix Sánchez, a quien llegué a conocer ya muy envejecido y cuyos textos breves, cargados de sabiduría, frecuento siempre que necesito un aire dador de vida nueva.

He remontado el tiempo y con el auxilio de una exposición fruto de las diversas artes y del avance de los medios de difusión apenas soñados entonces, evoqué la cultura surgida de la justa violencia que la Gran Violencia Oficial provocaba. Para contrastar esas imágenes y aquella poesía con la trama sutil casi lejano oriente de “Páramos”. Edmundo que ha puesto los pies en medio mundo y la cabeza en casi todos los cielos ha vivido también lo suficiente en o cerca del páramo como para poder aquilatar su tranquila grandeza. El páramo nocturno con sus ríos enigmáticos. El páramo amaneciendo en los cantos de aves viajeras o endémicas. El páramo en el fragor del mediodía. Y ahora, en la madurez, aquella necesaria irreverencia ante el medio social hostil, se torna reverencia ante la naturaleza no herida por la ambición humana (o al menos no herida de muerte aún) y la estética transgresora vuelve a su cauce prístino y se reconcilia con un paisaje por donde muchas veces pasó en la prisa amarga de los días sin disfrutar de sus ofrecimientos, mas ahora advierte a

*Serranos y serranas
gente del Sur, alumbramiento de la imagen.*

Juega con la palabra alumbrar, pero no únicamente en el sentido de romper la oscuridad sino también en el de dar

vida, como la mujer en el acto divinamente humano de parir.

Desde hace años el antiguo ballenero incorporó los elementos de la liturgia, los símbolos religiosos, las voces íntimas del cristianismo, mas no se deja llevar por el sentido del pecado que ciega a los dogmáticos, por eso puede cantar lejos del coro:

*Dios te salve María, llena eres de gracia
Dios te salve mujer, por el pecado concebida.*

El páramo llama, reclama, entrega, y lo hace “*respirar aroma de margaritas y claveles/ aunque sean de papel*”. Se detiene el paso siempre lento del canto, para ver más de cerca la magia de una tejedora y queda vibrando en la página esta observación:

En la soledad ninguna queja.

Que se enlaza con otra observación o definición de igual jaez: *Vida recogida flor de páramo/ calvario de amor/ dolor callado*. Ahora es la noche la que va pariendo luces lejanas, cuyo enigma siempre nos conquista:

Vaga la noche alumbrando estrellas.

Y termina con una pregunta que acaso no tendrá nunca respuesta, porque únicamente podría responder, de existir, ese Gran Arquitecto del Universo que honran los caballeros masones:

¿Qué se hizo el tejedor que hiló cielos de azul?

Si el primer canto recuerda a seres queridos, que llegaron al término del viaje, “Sur” también evoca a un compañero desaparecido, milite de la aventura ballenera, entre otras. Científico, artista plástico, escritor, poeta, Carlos Contraamaestre, pues de él se trata, participó durante años en la vida cultural y social del país. Todavía alcancé a verlo una vez más en 1995 en la Mérida donde Edmundo escribió esta endecha, en la ocasión en que a él y al también fraterno Ramón Palomares rindió tributo una universidad española. De Ramón o de Carlos habló, con su clareada barba de personaje de Dickens, otro difunto de notable trayectoria, Salvador Garmendia, que por entonces presentó un libro con sus crónicas recién impresas en la bella ciudad andina. Un día del tiempo me llegó la noticia de la muerte de Contraamaestre. Y ahora Edmundo le teje esta canción donde:

*¿Acaso distrae la mulata del sur del lago?
Sombrero de ala ancha tejido
flores, y muchas, en el nacimiento de sus orejas.*

Bola de Nieve, para nuestra fortuna, hizo suya una pieza muy popular donde se dice con euforia que todos los negros tomamos café. Y al igual que en esa canción, Edmundo alude al mestizaje espiritual, porque en estas tierras todos respiramos el mismo aire:

*Somos negros, mestizos de claroscuro
manos sonoras, cintura ágil, cuerpo presto al amor
cobrizo de adoración.*

A su hora suena un tambor y otras máscaras aparecen en la escena. Este es un poema de sugerencias, concebido en voz baja, mas de súbito aparece un tono más alto, con esa María serrana —que con pecado merece ser amada— y se nos presenta

con su manzanesca salud, labios frescos, falda florida y:

Mirada esquiva de muchacha serrana

(...)

Sus pechos un tumulto que germina.

En el baile “el verso se hace carne” y acaso la carne música cómplice, improvisada o tradicional, prometedora siempre de paraísos terrenales. Y como todo lo que tiene fin es breve, el baile acallará sus cueros y metales, sus cuerdas y voces, y se meterá en la memoria. Los muertos se quedarán en su eternidad, mas también los vivos:

Pronto serán cenizas

los trapos de sus cuerpos como polvo

nuestros huesos consumidos.

Desde luego la absolución no se hace esperar porque se trata de un polvo “enamorado”, como nos advirtiera el más que inmortal Francisco de Quevedo. Y termina “Sur” y su música de solitario violín, con muy buen tino, cuando solidaria:

La eternidad vela nuestro asombro.

LUIS SUARDÍAZ

LA HABANA, VERANO DE 2003

Páramo

*A Juan Félix Sánchez.
a Epifanía,
in memoriam.*

Puertas abiertas para la contemplación.
Purifíquese el entendimiento
que a nuestro encuentro vienen serranos y serranas,
gente del sur, alumbramientos de la imagen.

Veamos. La montaña en el horizonte,
estirado el río como rubia espiga.

Bajo el árbol la niña columpia.
Un niño a merced de su anhelo.

Detrás la neblina:
pizarra de papagayos levantando el aire.

Mudas las casas como si arrobara
la mudanza del encanto... echada ya.

Al norte transparente vastedad del cielo.

Natura celeste, deidad del Artista,
tenemos motivos de alabanzas.

I

Hombre es. Mujer. Niño es.
Manos propiciatorias.

Las miradas se dejan escuchar.
 Un penacho indígena
 cuenta de las simas que urdieron los verdugos.

Luego son muchos, como si posaran:
 domina la incertidumbre.

Deslizan tristezas, amarguras, consentimientos,
 como si vinieran de las tribulaciones del exilio.

II

Rostro de mujer —curtido tiempo.
 Pañolón de rosas, sombrero de moriche.

Sobreviene la imagen de Epifania.
 Iris de dolor adentro, floración de páramo.

III

Polímnia, de otra edad, reza:
 sereno puño sobre el pecho.

Escuchemos: alborotado rumor de golondrinas.
 Por la nave saltan, retozan, travesean.

En el altar una humareda de incienso.

Dios te salve María, llena eres de gracias.
 Dios te salve mujer, por el pecado concebida.

Ego sum verbis panis.

IV

Virgen castísima, impasible.

Respira aromas de margaritas, calas y claveles,
aunque ellas sean de papel.

En el piso, velas encendidas:
purificación de alma colectiva.

V

La tejedora se complace en la faena.
Su madeja es blanca como blanca avena.

Delicadas manos del perdón.
Cordero de Dios.

Su gloria está en las manos de tejer.
Así de sencilla su vida.

Su vida en los hilos de la trama y de la urdimbre.
Así de sencilla su gloria.

VI

Mediodía de luz los cabellos.
La teñidura del tiempo doró sus sienes.
De surco en surco la frente.

Su aventura es ese afán.

¡Con qué simpatía!

¡Cuánta nieve ha caído!

Mirada franca, soberana.

VII

Dedos sobadores anudan,
ascienden, pulsan, desanudan.

Una mueca se escurre por la cara.

El dolor hinca sus raíces.

No hay lamento.

VIII

Esos brazos enjutos, esas magruras
por años palparon secretos de la arcilla.

Terso es su contorno.

Una forma alumbra su perfil.

IX

La mirada punza.
Vienen de lejos: las manos cansadas de aferrar
—a cuesta los hombros.

Con el amanecer llegaron a la plaza.
Cargados de granos y de flores.

¿Cuánto pesa el ardor de nuestras vidas?

X

Vienen ardidios y solemnes.

La esperanza vieja en el costado.

Anca, aparejo y silla entroncan
con los brazos de labor cumplida.

Derraman solaces las pupilas.

Pocas veces tal ventura cotidiana.

XI

En la soledad ninguna queja.

El árbol sin sombra, todo verdor.

—Las rejas le separan del mundo.

Dolor de Dios emparamado.

XII

—¿Podrán acaso con mi llama
de ensoñación primera,
atada a la madera y al cabo que ella quema?

Una forma alumbra.

En mi alma, como la llama, parpadea.

XIII

Vida, recogida flor de páramo.

Calvario de amor.

Dolor callado.

XIV

Vaga la noche alumbrando estrellas.

En su reboso perfumes de romero y tomillo.

¿Qué se hizo el tejedor
que hiló cielos de azul?

Sur

*A Carlos Contramaestre,
in memoriam.*

I

De Palmarito vienen como de cumbes.
Dolido el rostro, apagados los leños de la ira.

Cada cual interroga.

Legado el collar sobre el tórax.

Un estuario la mirada.

Legado el tizne,
el pañuelo que suponemos rojo,

la cruz que dejó de ser
pues la fiesta requiere de ornamento.

Ora pro nobis.

II

¿Acaso distrae la mulata del sur del lago,
sombrero de ala ancha y primor tejido,
flores, y muchas, en el nacimiento de sus orejas?

Imagínala toda de blanco, lujoso su negro cuerpo
para siempre desenvuelto y joven.

III

Somos negros, mestizos de claroscuro,
 manos sonoras, cintura ágil, cuerpo presto al amor.
 Cobrizos de alta dotación.

Hágase la ofrenda. Enciéndase la mecha.

Por los aires el trabuco, la flecha de hendir el cielo.
 Suenen petardos. Alcen diablos su humareda.

Es muy seria la gestión.

IV

Suene el tambor.
 Así lo ordena la mano enguantada.

El sonido cimbra entrepiernas núbiles.

¿Qué oculta la malla?

¿Las gruesas crinejas bajo el penacho altivo
 portan memoria de algún reino perdido?

V

Véase a María, rebosante, saludable,
 Fresca la boca de salvias y laureles.

Véase con su blanda falda florida, almidonada.

Mirada esquiva, de muchacha nueva, serrana.

Véase como una ofrenda por la festiva sala.

Mujer solar.

La sigue el día, la encanta.

Sus pechos un tumulto que germina.

Atractiva es para regocijo ciudadano.

VI

Bajo la enramada, para limpiar los aires,
otras manos sueltan aguzadas vocales de violines.

Arrancó el baile.

Imagínense parejas iguales,
distintas bajo un mismo signo.

El Verbo se hace carne.

No se rozan cuerpos con cuerpos
toda la noche impunemente.

Entrelazado amanecer en la mañana.

VII

Por la calle flotan los disfraces.

Ingenuo palpita el corazón.

Detrás el destino asedia.

¿Acaso eludirán su látigo implacable?

VIII

Son muchas las ocultaciones.

Dispares los rostros de sus máscaras.
De un mismo rubio color
sus barbas cabelleras barbas.

Vendrá el silencio.

¿En el altar, piedra sobre piedra,
encontrará solaz el alma
ayer festiva?

IX

¿Santísima cruz, imágenes sagradas,
altas ramas, flores, tragaluz,
apagadas lámparas votivas
elevarán nuestro pudor al cielo,
contrito el corazón?

X

Frescura de melaza en la estancia.
Él la vierte.

Ella crea su ribera,
cuerpo de moza cobriza y deslumbrante.
Toda dulzura su magma —intimidad flotante.

Hurga él su manantial de vida.

Ella aroma, irradia, cristaliza.

XI

Altas son las hogueras. Judas arde.

Pronto serán cenizas los trapos de sus cuerpos,
como polvo nuestros huesos consumidos.

XII

La eternidad vela nuestro asombro.

ÍNDICE

El poeta en su laberinto	9
--------------------------	---

LIBRO I

Simón Bolívar, ése soy yo	19
Manuela Libertadora	43
Mientras ellos disparan, rugen, mienten	56

LIBRO II

Jubilate deo	67
Memorial 1979	69
Es de madre, Javier	74
En la diana del pecho	77
Ove e la morte, ove la morte mia?	80
Muro, pared, tapia, humilde eternidad	83
Uscisti da quel fiume	85
En Roma el otoño nos espera	87
Palabra de mujer	92
La flor que nunca podrás reproducir	93
Palabra de mujer	95
Si vienes a buscarme	101
Estoy encaramada sobre la vida	102
Nos une el arco del cielo	103
El día necesita de la noche	104
Aprended, flores, en mí	105
Pájaro	106
Febrero, valle alliegro de lágrimas	112
Como si asistiéramos, Mijaíl, a una inquebrantable floración	120
Autocrítica de Valeri Turovski	127

De la identidad de la integración del espacio audiovisual	132
Introito	132
Ofertorio	133
Oración	135
Versos de Manuela	150
Versos de Paita	150
Versos del Panteón	162
Cantata del Monte Sacro	169
A los doce días del año 2000	174

LIBRO III

Páramo: dos poemas del sur y la nostalgia	179
Páramo	184
Sur	190

Edición digital
Octubre de 2017
Caracas - Venezuela

Edmundo Aray (Maracay, Venezuela, 1936). Cuentista, poeta, investigador, ensayista y cineasta. Perteneció a los grupos literarios *Sardio* (1956-62) y *Techo de la Ballena* (1963-68). Fundó la revista *Rocinante* (1969-78). En el género cuento fue premiado por *El Universal* (1957), y por la UCV (1958). Ha hecho compilaciones de narrativa, poesía y cine. Entre su narrativa está *Antología narrativa* (1997). Entre sus poemarios están, *Nadie quiere descansar* (1961), las sátiras *Twist presidencial: todo está en regla* (1963), *Tierra roja, tierra negra* (1968), *Libro de héroes* (1971), la antología *Una y otra edad* (1997), *Heredades* (2001) y *Mi amado Martí* (2003). Como cineasta obtuvo el Premio Nacional de Cine (1991) y Premio Monseñor Pellín (1994).

Laberinto de amor (1991-2006) es una antología de distintos géneros que en su rica variedad ofrece una interesante propuesta unitaria donde prevalecen dos tópicos, el tono elegíaco en torno a escritores y poetas muertos, y las referencias a figuras y contextos históricos. En la primera parte recoge dos monólogos-guiones: “Simón Bolívar, ese soy yo” y “Manuela Libertadora”, más un texto ensayístico acerca del escritor ecuatoriano César Dávila Andrade. En el libro II la mayoría de los poemas están dedicados a figuras literarias e históricas tanto del imaginario estético como de las memorias más entrañables del autor. En esta parte aparece el poema contextual “De la identidad de la integración del espacio audiovisual” que compila de una manera particular varios registros testimoniales. En el libro III, con poemas escritos en la voz propia de Manuela Sáenz y una cantata a Simón Bolívar, regresa a las figuras del primer libro. El libro III también recoge poemas a modo de ofrendas a otros dos venezolanos, un artista popular y un pintor.

